LIBROdot.com

LA AUDIENCIA DE LOS CONFINES

Miguel Ángel Asturias



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PERSONAJES ESPAÑOLES

GOBERNADOR
PEDRALES
FRAY JERONIMO DE LA CRUZ
ANTON ANTUNEZ
TENIENTE PARA AHORCAR
PORTERO
PAJE
MAYORAL
OBISPO
DEAN
CANONIGO DOCTORAL
ARCEDIANO
PREBENDADO
FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS
GARNACHA DE BARBA BLANCA

PERSONAJES INDIGENAS

ULU KINICH ULU
NABORI
SACERDOTE-MAGO
ANCIANO MUY VIEJO
MUSEN CA

Centinelas, Guardias, Grupos alzados, Soldados, Alguaciles, Garnachas, Flecheros indios, Comparsas.- La acción en la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, a mediados del siglo XVI.

ESCENARIO DE LA ANDANZA PRIMERA

Noche de Guatemala. Mediados del Siglo XVI.

DESPACHO DEL GOBERNADOR
(DOBLE ESCENA)

Celda grande al fondo de un palacio plateresco. A la derecha, en lo alto del muro, ventanuco en forma de estrella y mesa que sirve de escritorio. Sobre la mesa, velón castellano que ilumina la estancia, recado de escribir, infolios, jarra de loza, vasos y una pequeña imagen del apóstol Santiago a caballo, tallada en madera. Junto a la mesa, sillón y .silla. A la izquierda, el muro, un arcón y un taburete. Puerta al fondo. Todo desnudo y solo.

ADORATORIO DE IDOLOS MAYAS
(DOBLE ESCENA)

Arboles, plantas tropicales, oquedades de ruina. Al fondo y a la derecha; una pirámide esquinada a la que se sube por una escalinata de piedra blanca, sustentando la imagen en gran tamaño del Dios del Maíz. Al fondo y a la izquierda, en la parte de sillería que ha quedado en pie, el hueco de una ventana, por donde entra la luz de una fogata, y a la izquierda, hacia el foro, urca entrada secreta entre pedregales.

Andanza primera

EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR

El GOBERNADOR, vestido a la usanza de los conquistadores, conquistador él mismo, pelo y barbas en turbión de azafranados hilos, celestes los ojos, blanca la tez, duro el porte

hidalgo, ocupa el sillón frente a la mesa, bajo la estrella del ventanuco que recoge la claridad de la alta noche, muy junto al velón, cuya luz de oro viejo le baña el rostro, y no lejos de PEDRALES, su letrado y hombre de confianza a quien dicta una carta. PEDRALES ocupa la otra silla del despacho y viste de letrado.

GOBERNADOR (dictando).-... Os escribo reducido a la impotencia de tener que defender con la pluma mojada en tinta de desengaños, tierras y bienes que conquisté con la espada... (Violento.) ¡No pongáis nada de eso.., o ponedlo...! Os escribo... (Indeciso.) O mejor comenzar como habíamos pensado: Ilustre señor, con ésta son dos cartas... (Vuelve a interrumpirse.) ¡Maldita sea...! ¡Guerrear..., guerrear sabía yo...! (No dice más

porque con su exclamación están a, punto de quedar en la oscuridad.)

PEDRALES. -¡Acabaréis, señor, por mellar la llama del velón! (Y esto diciendo se hace pantalla con las manos para evitar que se apague.) ¡Quieta...! ¡Quieta..., lengua de oro! (Habla a la llama.) ¡Pacífica, doméstica, eclesiástica..., mal os avenís al proceloso respirar de los hombres de guerra...! (Estabilizado el velón, retoma el hilo de la carta, la pluma de ave en la mano, presto a escribir.) ... Con ésta son dos cartas... (El GOBERNADOR levanta un legajo de la mesa, lo abre y lee sólo para él. Un momento después.) ¿Consultáis el Memorial del Ayuntamiento a Su Majestad? Parad mientes que en ese papel se dice a fojas siete que no se han pregonado ni puesto en vigor las leyes que mandan poner en libertad a los indios esclavos...

El GOBERNADOR se queda absorto en su lectura. PEDRALES calla.

EN EL ADORATORIO DE IDOLOS MAYAS

Asoma por la izquierda, temerosa y afligida, ULU KINICH ULU, una joven india de cara y manos bañadas en agua de barro sin quemar, cabello negro recogido en dos largas trenzas encintadas con sendas bandas rojas y enrolladas en redor de la cabeza en forma de plato, por veste un huipil blanco y por falda un corte rojo envuelto que apenas le deja paso, muy ceñido a las caderas y las piernas, largo hasta los pies menudos y descalzos. Entra presurosa, sube por las gradas del altar y se arrodilla

ante la majestad del ídolo que representa al Dios del Maíz. Reza, le bisbisea quejas, riega frente a él un hatillo de flores amarillas que traía al brazo, oculto bajo un rebozo rojo que le sirve de tapado, y sale rápidamente.

EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR

GOBERNADOR (después de dejar el memorial del Ayuntamiento sobre la mesa).- Escribe... Con ésta son dos cartas a V.S., dos cartas y un recado que le mandé con Diego Quexada, rogándole la merced de su valimiento porque lleguen a oídos de S.M. nuestras palabras, ya que en la Corte sólo dan audiencia a las cosas que escribe ese fraile que se atreve a mucho por ser grande su desorden y poca su humildad...

PEDRALES.- Un pequeño robo a fray Toribio de Motolinia, con eso de que el de las Casas se atreve mucho por ser grande su desorden y poca su humildad...

GOBERNADOR (indignado).- ¡Qué... vos también me llamáis robador! ¿Estáis bajo los estandartes de ese que se dice obispo, mal fraile y peor obispo, para quienes los conquistadores somos unos bandidos?

PEDRALES (Calmado).- ¡Perdón, no quise que a más de lo que de vos dicen, se os fuera a tomar por plagiario! Pero todo tiene arreglo. (Alarga la pluma sobre el papel.) ¡Unas comillitas...!

GOBERNADOR.- ¿Qué dicen de mí? ¡Sépalo yo enhorabuena!

PEDRALES (a la defensiva).- Que sea verdad, nada...

GOBERNADOR.- ¡Voto a Barrabás! ¡Callado os lo

teníais! ¡Vos conocéis mis culpas (se golpea el pecho con la mano empuñada), mis grandes culpas (segundo golpe en el pecho), mis grandísimas culpas (tercer golpe en el pecho): el juego y las doncellas! ¡Una partida en el juego de naipes o una de esas vírgenes que ofrecen a sus dioses y que nosotros raptamos... los dioses somos nosotros... dioses con hambre de carne núbil... ya el rey David se calentaba así los huesos! (Pausa. Sube y baja por su pecho, las palmas de sus manos.) ¡Dejad que me palpe en el cuerpo los restos del deleite que no son sino las cenizas de donde surgirá de nuevo la misma emoción! (Tras breve silencio.) Pero volvamos a nuestro texto. (Dictando.) Con ésta son dos cartas...

PEDRALES,- Eso ya está...

Calla el GOBERNADOR, que ha tomado nuevamente de la mesa el memorial del Ayuntamiento. No lo abre. Lo enrolla. Lo mantiene en la mano enrollado. PEDRALES espera.

EN EL ADORATORIO DE IDOLOS MAYAS

Vuelve a entrar por la izquierda ULU KINICH ULU. Trae una piedra de río en la mano. Se la acerca a los labios, la huele, la pasa por sus ojos, se la lleva a la frente, la estrecha contra su corazón, se la guarda en el pecho y sube nuevamente a prosternarse ante el ídolo. Bisbiseo. Le habla. No se decide, pero por fin se resuelve: extrae de su refajo un puño de hojas verdes y las mastica apresuradamente. Queda de rodillas, aunque después echa el cuerpo sobre sus talones, para seguir en esta postura, inmóvil, con los ojos cerrados. El ídolo gigante, color de piedra pómez, el mínimo bulto de la doncella, los derruidos muros, la enmarañada arboleda, las gradas de la escalinata, todo fulgura y se apaga al compás palpitante de la fogata que arde fuera alimentada sin intermisión por vigías invisibles.

EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR

El GOBERNADOR deja el sillón, el rollo del memorial en la mano a guisa de espada, y se echa a andar largo a largo del despacho, antes de detenerse junto a PEDRALES y seguir dictando.

GOBERNADOR.- Día a día, hora tras hora, mientras conquistábamos aquestos señoríos, salvamos nuestras vidas de la muerte, con ayuda de Dios y las espadas...

PEDRALES (repite al terminar de escribir la frase).... con ayuda de Dios y las espadas...

GOBERNADOR.- ... ajenos a que después tendríamos que salvarlas con la pluma, de la injuria y la calumnia de un hombre pesado, inquieto, importuno, bullicioso y pleitista en hábito de religión, tan desasosegado, tan mal criado, tan perjudicial y tan sin reposo que ha puesto alboroto y escándalo en todas estas tierras...

PEDRALES.- ... en todas estas tierras...

GOBERNADOR.- ... Me refiero a un tal Bartolomé de las Casas, que se dice obispo de Chiapa, obispo apóstata debe ser por haber hecho abandono de la Iglesia que se le dio por esposa, no por enfermedad contagiosa ni renuncia al mundo, sino por hacerse procurador en Corte defendiendo a los indios, de quienes, en su desvarío, se pretente protector...

PEDRALES.- ¡Otras comillitas para dejar a fray Toribio con lo suyo!

GOBERNADOR (mosqueado).- ¡Poned cuantas comillas queráis, pues tantas veces y con tanto gusto me he leído lo que ese franciscano escribió sobre las Casas, que me lo tengo en la memoria y apropiado como mío! (Vuelve a ocupar el sillón, deja el memorial enrollado sobre la mesa y sigue dictando.) Como no sabemos por dónde anda ese padre de las Casas, que a los españoles se nos volvió padrastro...

PEDRALES.- ... padrastro...

GOBERNADOR.- ... jamás se harta de vaguear y callejear...

PEDRALES.- ... callejear...

GOBERNADOR.- ... si anduviera por la Corte, bien haría Su Majestad de mandarlo encerrar en un monasterio, porque no sea causa de mayores males, vaya a Roma y, como amenaza que es de la paz del Orbe, conturbe la Corte romana...

PEDRALES.- ... conturbe la Corte romana...

GOBERNADOR.-... que si estuviera de regreso, aquí lo habríamos de esperar los españoles, a quienes, sin sacar a ninguno, llama ladrones, tiranos, robadores, raptores, violadores, predones, por hacerlo tragarse los libros que ha escrito y las cartas que ha impreso, de guisa que comiéndoselos él, desaparezcan y no lleguen a conocimiento de otras naciones...

PEDRALES.- ¡También comillas...!

GOBERNADOR.- ¿Por qué comillas? ¡Me lleva el

diablo! ¡Comiéndoselos he dicho! ¡Tragándose él sus escritos...! (Pausa en la que PEDRALES, por toda contestación, hace con la pluma, como si escribiera en el aire, la señal de poner comillas.) ¡Pero concluyamos, por Dios! ¡Seguid escribiendo...! (Dicta.) Muy grande merced nos haría Vuestra Señoría, si lleva a los augustos oídos del Católico César las quejas de sus fieles vasallos contra el de las Casas, no siendo la menor la que hoy me obliga a escribieos esta carta, el tener prohibido que se nos dé la absolución, aun en artículo de muerte, a los que habemos indios esclavos, con lo que nos pone a todos en peligro de perder el alma... (Se interrumpe, y detiene la mano de PEDRALES para que no escriba.) ¡Sí, porque entre perder el alma y ese arcón lleno de oro...! ¿Habéis visto...? ¡Es el rescate de Musén Ca!

PEDRALES.-¡Vaya atrevimiento! ¿Quién osó traerlo?

GOBERNADOR.- ¿Naborí...? ¿Naborí, la guerrera...? ¿Y qué esperáis para hacerla prender y castigarla...? ¡Llamaros secuestrador...! ¡Dais razón al de las Casas... !

GOBERNADOR.- ¡No, pardiez, no os ofusquéis, que ha sido un pacto de buena ley! ¡Echadlas, díjele, en ese arcón y por pregones se sabrá que hay doscientas onzas de oro para pagar el rescate de un tal Musén Ca!

PEDRALES abandona la pluma sobre la mesa, se levanta y va hacia el arcón. Lo abre y exclama, moviendo la cabeza de un lado a otro, confundido, apesadumbrado.

PEDRALES.- Os ciega el oro...

GOBERNADOR.-- ¡Dejad que así sea mientras viva, muerto me cegará la tierra!

PEDRALES.- ¿Qué os proponéis...? ¿Sabe Naborí, la guerrera, que Musén Ca es vuestro prisionero?

GOBERNADOR.- Lo rastrea con su olfato de perra y sencillo es lo que me propongo: liberar a Musén Ca y quedarme con el oro.

PEDRALES.- ¿Sin pregones? .

GOBERNADOR.- Con pregones, para ganar tiempo. Si soltara en seguida a Musén Ca, no cobraría el resto del rescate en otra mercancía, ¡vive Dios!, en una mercancía más preciosa. ¡Ya veis que no me ciega el oro! ¡Más lo que hay en ese arcón vale la piedra... !

PEDRALES.- ¿La piedra que fue descubierta en poder del prisionero? ¡Ya lo decía yo que era una piedra encantada!

GOBERNADOR.- Una piedra de río...

PEDRALES.- ¿Hicisteis uso de ella...? ¿Transforma los metales en oro?

GOBERNADOR.- Os explico...

PEDRALES (radiante de entusiasmo).- ¡Señor, ya no tendréis necesidad de cargar las naves que van a España, con infolios reclamando indios y tierras de la Luna al Sol!

GOBERNADOR.- ¿De la Luna al Sol?

PEDRALES.- Digo así por tratarse de una Corte que no tiene asiento fijo. Ahora está en Barcelona... Pero explicadme lo de la piedra filosofal...

GOBERNADOR.- Hice uso de ella y dentro de dos días os diré si con favor o disfavor para mí. Era la señal de un encuentro feliz con una doncella de piel de fuego de colibrí, y yo iré en lugar de Musén Ca.

PEDRALES.- ¿Y esa doncella os dirá cómo se hace el oro? ¿Os revelará el secreto...? GOBERNADOR.-¡El secreto de su virginidad, codicioso! ¡Corro tras otra dicha! ¿A quién es al que ciega el oro...? La codicia os hace olvidar mis debilidades...

PEDRALES.- ¿Y no teméis que sea una celada? Un conquistador es un ser amenazado de muerte por todas partes...

GOBERNADOR.- No se atreverán. Musén Ca es nuestro prisionero. `

PEDRALES.- Vais a una cita amorosa, bien habríais hecho en decirlo antes de hacerme entrever la posibilidad de la piedra filosofal.

GOBERNADOR.- Eso sería vulgar. No es una cita amorosa. Es el encuentro de una doncella con el guardador de esa miel de dioses que se llama el amor...

PEDRALES.- No sé qué deciros...

GOBERNADOR.- Pero sí sabéis por hombre lo que es tener pegada a la piel una criatura color de tierra, más dulce que el agua... ¡La dicha misma...! ¡Y no al sabor de nuestras doncellas, sino con la virginidad de lo primitivo, de lo elemental...! (Pausa.) ¿Qué dudáis? ¡Voy a jugar en una sola partida, el oro y la carne para mí y la libredumbre para Musén Ca!

PEDRALES.- Me contenta veros ufano, pero no las tengo todas conmigo. La sublevación se oye crecer. Es la marea de un mar subterráneo. Y esta vez, si se levantan, lo tienen jurado, acabarán todos ellos o dan cuenta de nosotros.

GOBERNADOR.- Y a mí, qué queréis, lo de la sublevación me acrece la gana por esa doncella de destinos tan opuestos. Si Musén Ca va a la cita, se convierte en manjar para sus dioses. Voy yo y se transforma en un peligro imperial... (Fuertes toquidos en la puerta del fondo. Al ver que PEDRALES va a cerrar el arcón.) ¡Dejadlo abierto! Es Naborí que viene con doscientas onzas más para aumentar el rescate. Los centinelas tenían orden de abrirle paso.

PEDRALES.- ¡Guardaos...! (Arrecian los toquidos. PEDRALES se mueve hacia una puerta secreta invisible en el muro, que hace accionar. Antes de salir, al mover el sillón a cuyo respaldo está oculta la puerta secreta.) ¡Duren mis penas lo que el oro en ese arcón!

GOBERNADOR.- ¿Qué os importa...? ¿Se come el oro...? (Silencio de PEDRALES.) ¿Se bebe el oro? (Silencio de PEDRALES.) ¿Se fuma...? ¿Se mastica...? ¿Es algún humo o yerba que embriaga...? ¡No...! ¡El oro se juega, voto a Dios, que es el único deleite que se puede obtener de él, directamente de él; otro no tiene! ¡Qué jugadas nos esperan...! (Sale PEDRALES. Los toquidos son cada vez más fuertes y exigentes. A las volandas toma el GOBERNADOR el velón y se encamina hacia la puerta del fondo.) ¡Ea,señora, que ya os abro, que ya os abro... ! (Abre y retrocede, como ante una aparición. A la luz del velón, un fraile dominico se dibuja en la puerta. El hábito blanco cubierto de polvo. El rostro mortalmente pálido. La mirada quebrada de cansancio. Metiéndole, untándole la luz por la cara al recién llegado, . corno si quisiera identificarlo, reconocerlo,) ¿Quién sois...? (El dominico avanza unos cuantos pasos dentro del despacho y se desploma, sin pronunciar palabra. Gritando.) ¡Ea...! ¡Centinelas...! (Va hacia la puerta del fondo dando voces.) ¡Centinelas a mí...! ¡Pedrales...! ¡Teniente...! ¡Guardias...! ¡Centinelas...! ¡Centi...! Desaparece por la puerta del fondo, velón en mano llamando a voces. El despacho queda en la oscuridad, la puerta de par en par abierta, la silueta blanca del fraile por el suelo, y en lo alto el ventanuco en forma de estrella que, al salir el GOBERNADOR, empezará a dar luz como si fuera una verdadera estrella, fulgencia que desaparecerá al volver aquél con sus hombres.

EN EL ADORATORIO DE IDOLOS MAYAS

La doncella sigue junto al Dios del Maíz, de rodillas, sentada sobre sus talones, con los ojos cerrados, totalmente inmóvil. Irrumpe por la izquierda un grupo de guerreros indígena,

Librodot

plumajes y arcos, escudos y flechas, en pos de una mujer que los comanda, vestida de guerrera, con un manojo de plumas de quetzal en la mano, y a quien acompañan un SACERDOTE-MAGO y un ANCIANO MUY VIEJO. Entran atropelladamente en el adoratorio alumbrados por los fulgores de la hoguera que cuela sus luces por el fondo, y recobran la calma al descubrir a la doncella, ULU KINICH ULU, dormida en lo alto del altar, adonde sube el SACERDOTE-MAGO. La mujer guerrera y el ANCIANO MUY VIEJO se detienen muy cerca de las gradas de piedra blanca, por donde asciende el SACERDOTE con solemne lentitud. CORO DE LOS GUERREROS (mientras sube el SACERDOTE).

¡Estamos junto al Dios del Maíz, Señor del Mediodía, en su casa descansando...! ¡Estamos junto al Dios del Maíz, en el jardín de todas las flores, en el cielo de todas las lluvias...! ¡No hace falta la piedra preciosa, bajo el árbol florido, junto al Dios de los Pájaros...!

El SACERDOTE ha llegado a lo alto del altar y contempla a la doncella.

En la oscuridad está el juego de pelota... ¡No desciendas! ¡No desciendas! ¡Quédate aquí, junto al Dios del Maíz, señor del Mediodía!

SACERDOTE (volviéndose y dirigiéndose a todos los GUERREROS, desde lo alto del altar).- ¿Dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel...? (lodos callan.) ¿Dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel...?

VOCES DE TODOS LOS GUERREROS.- ¿Dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel...? ¿Dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel?

ANCIANO MUY VIEJO (al pie de la escalinata, dirigiéndose a la mujer guerrera).- ¡Naborí, Naborí! ¿Dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel?

VOCES DE ALGUNOS GUERREROS (rodeando a NA

BORI). ¿Naborí, dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel...?

El SACERDOTE-MAGO, inclinado hacia la doncella, le desdobla la mano en que guarda algunas de las hojas que masticó, y trata de hacerlos callar mostrándoles las hojas espinosas que al masticarlas desangran la boca, de hacer callar a NABORI que clama.

NABORI (a voces).- ¡Oh Sacerdote-Mago! ¡Oh, Anciano Muy viejo! ¡Oh guerreros!, ¿dónde está Musén Ca, el que guardaba la miel?

SACERDOTE-MAGO (logrando imponer su voz). ¡Ulú Kinich Ulú (refiriéndose a la doncella que sigue dormida) contestará a nuestra pregunta, probó las hojas del árbol que hace ver en sueños las cosas ocultas!

ANCIANO MUY VIEJO (mientras el SACERDOTEMAGO muestra las hojas, aproximándose más al altar). -¡Habla, hija mía, habla ahora que estás dormida, dinos, responde, dónde está Musén Ca! ¡Todas nuestras orejas (lloriqueo de viejo) están pegadas como murciélagos a tu corazón agujereado!

SACERDOTE-MAGO.- ¡Hablará, Anciano-Viejo, masticó las hojas doradas y su lengua será una sola hoja en el viento!

VOCES DE GUERREROS (Escalonadas, desde los que están más cerca del altar hasta los que se han quedado atrás).- ¡Hablará, masticó las hojas del árbol del sueño...! ¡Hablará, hablará, masticó las hojas del árbol del sueño! ¡Hablará..., hablará...!

El SACERDOTE-MAGO, mientras tanto, ha ido descendiendo y se une a NABORI y al ANCIANO MUY VIEJO. Le pasa el brazo por la espalda al ANCIANO y acompañado de NABORI, se orillan y se sientan. Otro tanto hacen los GUERREROS que aún siguen diciendo: «Hablará... hablará... »

NABORI (al sentarse).- Nos sentaremos a esperar...

GUERREROS.- ¡Hablará...! ¡Hablará...! NABORI.- Que nos diga dónde está Musén Ca... Se sientan, hunden las cabezas en sus pechos y se quedan inmóviles.

EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR

El GOBERNADOR vuelve por la puerta del fondo, se supone que en seguida contando el tiempo en el reloj. Le acompañan oficiales ferrados, centinelas con sus armas, guardias con faroles y PEDRALES, que trae el velón.

GOBERNADOR (presa de indignación).- ¡Ved...! (Señalando al fraile desfallecido que yace por tierra.) ¿Qué dudáis...? ¡Vedlo allí...! (Se aproxima al fraile para enseñárselo más de cerca.) ¡Un dominico...! ¡Un dominico que puede ser...! (Se interrumpe. Tono de voz de mando.) ¡Teniente, desarme a los centinelas...! (Dirigiéndose en seguida a los guardias) ¡Y vosotros, levantadlo y aposentadlo en el sillón!

Dos,' tres guardias dejan sus faroles sobre la mesa y se aprestan a alzar con manos duras la corpórea fragilidad del dominico.

ANTON ANTÚNEZ (el más corpulento de los guardias).- ¡Blando es! ¡Es una pluma! ¡A una mano se lleva... !

Dos guardias que van cargando al fraile con ANTÚNEZ toman a fanfarronada su dicho, y se apartan.

GOBERNADOR (yendo hacia PEDRALES que ésta junto al arcón, al ver la proeza de ANTÚNEZ que lleva al fraile en una sola mano, se detiene y le dice).- ¡Fuerte eres, Antón Antúnez... !

ANTON ANTÚNEZ (al GOBERNADOR).-¡Otro que no fuerais vos, lo tomaría a milagro! (Deposita al fraile en el sillón y se vuelve a los guardias que le dejaron solo con la carga.) ¡Mal está callar cuando no se debe! ¿Por qué no habláis ahora de los frailes que hacen distancias de leguas, igual que nubes impelidas por el viento?

UNO DE LOS GUARDIAS.- ¿De qué habláis, Antón Antúnez?

ANTON ANTÚNEZ.- De lo que tenéis ante los ojos... un ser incorpóreo... (Toma la jarra que está sobre la mesa y sirve agua en uno de los vasos para darse~ lo al FRAILE que empieza a volver en sí), un ser aéreo...

FRAILE (recobrándose poco a poco).- ¡Cómo pésame el cuerpo...! (Se aplancha las piernas con ambas manos, como si le dolieran los huesos, las carnes.)

ANTON ANTÚNEZ.- ¿No os pesaba, acaso?

FRAILE.- Despertar es recobrar la pena del cuerpo que es su pesar. Pesamos, ¡ay!, pesamos...

ANTON ANTÚNEZ.- ¡Pero vos no pesabais, que lo digo yo, ¡pardiez!, pesabais menos que el aire y os traje en la palma de mi mano igual que un cuerpo de nieve, que abulta y no pesa!

FRAILE (extrañado).- ¿Me trajiste de dónde?

ANTON ANTÚNEZ (más extrañado aún).- ¿De dónde queríais que os trajera Antón Antúnez, un servidor? De allí de donde estabais por tierra, tendido, sin conocimiento, hasta este sillón...

FRAILE.- Vengo de tan lejos...

ANTON ANTUNEZ.- ¡Ya lo decía! Habréis cruzado la mar...

FRAILE.- ¡No, la mar, no!

GOBERNADOR (que ha estado conversando, confidencialmente con PEDRALES, alza la voz).- ¿Le conocéis...? ¿Es el de las Casas...? Hablad...

PEDRALES.- Todos estos frailes se parecen... Pero habéis oído que no ha cruzado la mar... Viene de muy, lejos ha dicho...

GOBERNADOR (cortándole).- Si el de las Casas es, lo jurado jurado, ¡vive Dios!, le haré comerse sus escritos, que algunos tengo de sus confesionarios impresos llegados en postreros navíos y decomisados para expulgarlos por su doctrina perniciosa...

PEDRALES.- ¡Ah, verdader amente pudiera tener yo así en mi mano a Nebrija o Lebrija, para hacerle tragarse con papel y todo sus malas artes gramaticales!

Siguen conversando en voz baja, mientras el dominico requiere con el gesto otro vaso de agua a ANTON ANTUNEZ, y éste se lo sirve.

TENIENTE (a los CENTINELAS, ya desarmados),- ¡Cómo se os pudo pasar! ¿Estabais dormidos...?

CENTINELAS.- No estábamos dormidos...

TENIENTE.- La noche no es oscura y viste sayal blanco. Sólo que hayáis hecho abandono de vuestros puestos.

CENTINELAS.- Estábamos en nuestros puestos...

PEDRALES (acercándose al TENIENTE, le pregunta discreto).- El gobernador pregunta si vos conocéis a un fray Bartolomé de las Casas, por el que el rey ha

mandado hacer justicia tan cruel, ¡que mejor nos quitara las cabezas!

TENIENTE (viendo al dominico, indignado).- ¿Y es él? ¿Osó meterse aquí? ¡Ah, centinelas, más os valiera no haber nacido!

GOBERNADOR (al centro de todos. Los CENTINELAS desarmados. El FRAILE respuesto de su desfallecimiento).- Nuestro... (Irónico, dirigiéndose al dominico.) adulce hermano», cruzó patios, galerías, jardines, trepó la escalinata por el portal de la reja y bajó a nuestras intimidades de visita... ¿Dónde estabais, centinelas...?

CENTINELAS (a varias voces).- ¡En nuestros puestos! ¡Todos en nuestros puestos...! ¡Cada quién en su puesto...! ¡No nos movimos...!

GOBERNADOR.- Pues si estabais en vuestros puestos, os enseñaré a dormir parados, sólo que colgando y con la lengua de fuera.

CENTINELAS (a varias voces).- ¡Despiertos, señor gobernador! ¡Despiertos! ¡Bien despiertos! ¡Ese hombre, ese religioso no pasó delante de nosotros! ¡Alguien lo habría visto! ¡Somos muchos! ¡No nos pudimos dormir todos...!

GOBERNADOR.- ¿Y cómo está aquí? ¿Cómo está aquí? ¡Explicádmelo...! ¿Cómo se os pasó por las barbas el que puede ser nuestro desconocido enemigo...? ¡Os costará la vida y os dejaré colgados hasta que los cuervos os saquen los ojos que no pudieron mantenerse abiertos esta noche... esta noche en que algo me pasa... algo me pasa... la deslealtad me enferma... es mejor que os preparéis a morir, que os ayude a morir este fraile! FRAILE (cortando en forma vehemente).- ¡No son culpables! ¡No crucé puertas, ni galerías, ni rejas, ni jardines, ni patios, ni escaleras!

TENIENTE (al FRAILE, suplicando).- ¡Enseñad por dónde entrasteis al Palacio que en esto va la vida de los centinelas!

PEDRALES (al. FRAILE, conminándolo).- ¡Hacedlo, sólo vos podéis salvar a estos hombres de la horca! FRAILE.- ¡Vamos! ¡Seguidme! ¡Os enseñaré por dónde entré y a fe mía que no había centinelas ni despiertos ni dormidos!

El dominico avanza hacia la puerta del fondo seguido por todos. Los guardias llevan los faroles. Al último salen el GOBERNADOR y PEDRALES.

GOBERNADOR (intrigado).- ¿Es el de las Casas? PEDRALES.- Ya lo sabremos... (Mutis.)

EN EL ADORATORIO DE IDOLOS MAYAS

Los guerreros indígenas, NABORI, el SACERDOTEMAGO, y el ANCIANO MUY VIEJO, sentados unos, acuclillados otros, silenciosos, inmóviles, esperan paciente>-?ente que la doncella revele el paradero de MUSEN .:ti, el que guardaba la miel. ULU KINICH ULU se pone en baja las escaleras y se pasea por el templo. Su andar y sus movimientos son de sonámbula. Está sometida a la acción de las hojas que masticó.

ULU KINICH ULU (hablando como dormida)....Mis pies se van quedando pegados a la tierra y tengo que despegarlos a cada paso... ¿Para qué quiero los pedazos de mi cuerpo que son mis pasos buscando a Musén Ca, si el agua no se recoge, si sólo una vez se quiebra el corazón? (Pausa) ¡Oh, mi guerrero! ¡Mi caudillo...! Donde estás prisionero hay un aljibe, y allí te miras tan lejos de mí... Mi cuerpo se quebró con mis pasos buscándote... pero te hallaré... recibí la piedra de río de tu cita... (La saca de su pecho).- y estaré esperándote como una caña sola entre los cuatro puntos cardinales... (Acariciando la piedra.) ¡Piedra, piedrita del agua pasajera, llévame a su encuentro...!

Ha dado la vuelta poco a poco por el espacio libre del adoratorio, sin ver a los guerreros que la siguen con los ojos ansiosos, sin perderle movimiento ni palabra, y vuelve al graderío que conduce a lo alto del altar. No sube. Se lo impiden NABORi, el SACERDOTE-MAGO y el ANCIANO MUY VIEJO que se le ponen enfrente, sin atreverse a dirigirle la palabra por miedo de que despierte.

ANCIANO MUY VIEJO (se resuelve a hablar).¿Quién, mi niña, puso en tus manos esa piedra de río que llevas como piedra preciosa?

ULU KINICH ULU.- Aquí está en el templo...

ANCIANO.- Di, mi niña, mi niña, quién es ... ULU KINICH ULU. (Se desvía de la escalinata a donde no pudo subir y paso a paso va moviéndose en círculo frente a los guerreros).- ¿Queréis conocer a mi benefactor...?

Un momento después se detiene y señala a uno de los guerreros. El acusado intenta huir, pero los que están cerca de él, lo sujetan. De un salto se ponen todos en pie y siguiendo al prisionero se acercan a NABORI. SACERDOTE (con la voz clamante).- ¡Oh, señor de

la hora en que todavía es de noche, va a empezar de nuevo la guerra de las doncellas!

ANCIANO MUY VIEJO (al SACERDOTE).- ¡No ha terminado, oh sacerdote, la guerra de las doncellas que empezó con el rapto de las dos princesas; sólo que ahora no nos robamos entre nosotros las doncellas, nos las vienen a robar los extranjeros! (Avanza y pone su brazo a la espalda de ULU KINICH ULU para protegerla.)

NABORI (interrogando al GUERRERO acusado por la doncella).- ¿Quién puso en tus manos esta piedra de río? (Le muestra el pequeño guijarro.)

GUERRERO.- Un soldado español...

NABORI.- No sabes el número de tus cabellos, pero sí sabes quién era ese soldado español. GUERRERO.- No sé...

NABORI.- ¿No sabes?

GUERRERO.- Llévale esta piedra a Ulú Kinich Ulú, de parte de Musén Ca, me dijo, y dile que si la reconoce es la señal de que él la espera cerca del adoratorio pasados dos días.

NABORI.- Con eso nos basta... (Al prisionero.) ¿A cuántas doncellas trajiste en la pequeña piedra, la piedra grande con que fueron arrojadas al río...?

GUERRERO. Sólo a Ulú...

NABORI (cortándole).- Hablarás en el tormento de los gusanos... ¿Y qué te dio, con qué te pagó ese soldado?

GUERRERO.- Con un espejito... (Saca un pequeño espejo.)

NABORI (arrebatando el espejo de la mano convulsa del prisionero).- ¿Un espejo...?

Va a verse en la pequeña luna, pero el SACERDOTEMAGO se lo impide.

SACERDOTE-MAGO (gritando).- ¡Sálvate, Naborí, no asomes tu cara al espejo del traidor de nuestro castillo y nuestras armas!

NABORI (vivamente alarmada, sin saber qué hacer con el espejo).- ¡Lo arrojaremos al agua...! SACERDOTE (cortándole, exaltado).- ¡No, al agua, no... se secaría el mar!

NABORI.- ¡Lo arrojaremos al fuego!

SACERDOTE.- ¡No, al fuego no, se apagaría el fuego!

NABORI.- Lo enterraremos...

SACERDOTE.- ¡No, no, la tierra se tornaría estéril, arena, polvo seco! (NABORI, horrorizada de tener en la mano aquel objeto tan peligroso, se lo entrega al SACERDOTE, que blande el espejo contra la cara del guerrero que forcejea tomado de los brazos firmemente por sus compañeros.) ¡Te cortaremos los ojos con los pedazos de esta luz

Librodot

traidora, y tu sangre conjurará el maleficio...! ¡Oh mensajero del horror...! ¡Oh, traidor...! ¡Oh ciego...! (Algunos guerreros se abalanzan contra el prisionero. Se interpone el SACERDOTE y les desarma con sus voces.) ¡Teneos! ¡No, no le hagáis daño! ¡Ya os lo daremos en la hora de la venganza! ¡Por el momento parad vuestros ímpetus, su lengua es preciosa, no la hagáis callar para siempre... es preciosa... hablará... sabremos por fin quién es el que no deja vivir en paz a las doncellas de nuestras colmenas...! (Ordenando a los que tienen al prisionero asido de los brazos.) Llevadlo... El SACERDOTE sale tras ellos. Le sigue el ANCIANO MUY VIEJO, que lleva abrazada paternalmente a ULU KINICH ULU.

Quedan en el adoratorio, NABORI y algunos GUERREROS con arcos y flechas. Se oye un tambor guerrero. NABORI va de un lado a otro, espiando por todas partes. Por último se detiene. La rodean los GUERREROS, que también han ido de un lado a otro apuntando sus armas.

NABORI.- ¡Montaremos guardia, oh guerreros de los siete colores, y esperaremos al que nos quiere robar otra doncella!

GUERREROS.- ¿Quién robó la piedra de río a Musén Ca, y la mandó a Ulú Kinich Ulú con el traidor? NABORI.- El que haya sido morirá...

GUERREROS (saltando y gritando).- ¡Morirá! ¡Morirá! (Blanden sus armas.) ¡El que venga a la cita, morirá!

NABORI.- ¡Una flecha envenenada en lugar de la doncella...! -

GUERREROS.- ¿Cómo una flecha? ¡Una lluvia de flechas envenenadas!

Salen todos, al compás del tambor de guerra, apuntando en todas direcciones sus arcos y sus flechas.

EN EL DESPACHO DEL GOBERNADOR

GOBERNADOR (entrando a la cabeza de todos por la puerta del fondo, se dirige al FRAILE que le sigue). -¡Mis alarifes alzaron el andamiaje y vos os aprovechasteis! ¡Nadie sabe para quién trabaja ni para quién conquista... !

FRAILE.- ¡Nosotros, sí ...; para Dios!

GOBERNADOR.- ¿Vosotros...?

FRAILE.- Y si no subo por las andamiadas que de ese lado cubren el palacio como telas de araña, hubiera entrado por cualquier parte, sin que se dieran cuenta atalayas, guardias ni centinelas. ¡Os guardáis como una doncella bajo siete llaves!

PEDRALES. (aparte).- ¡La soga en casa del ahorcado!

FRAILE.- De solo a solo quiero hablaros...

GOBERNADOR (ordenando).- Teniente, todos a sus puestos. Los centinelas con sus armas. (A los centinelas.) Sois hombres de fiar... (Se preparan a salir centinelas y guardias.) Pedrales, se os están cerrando los ojos de sueño...

PEDRALES.- ¡De hambre, mi señor, de hambre, que a vuestro servicio, en este despacho pintado con cal color de hueso, no se sabe lo que es carne!

Salen todos por el fondo. Quedan frente a frente, no lejos de la mesa donde arde el velón, el GOBERNADOR y el FRAILE.

GOBERNADOR.- ¿Quién sois?

FRAILE.- Más que saber quién soy -el nombre es sólo una vanidad de los mortales que van de paso en esta vida-, os interesará saber a qué he venido...

GOBERNADOR (violento).- ¡Ira del cielo, que quiero saber quién sois!

FRAILE.- No el que vos pensáis, pues, si tal fuera, ya tendríais trabajo... (Breve pausa en la que el GOBERNADOR trata de adivinar la intención de su interlocutor,) ... el trabajo de hacerle tragar los libros que ha escrito y las cartas que ha publicado...

GOBERNADOR (extrañadísimo).- ¿Cómo y a qué horas lo leíste... ?

Se abalanza sobre la mesa en busca del pliego que escribía con PEDRALES, cuando llegó el FRAILE, y lo toma con tal premura que echa por tierra el velón, tras el que se precipita para levantarlo antes que se apague, pero no lo logra, lo alza del suelo ya extinguido.

FRAILE.- No os preocupeís por el buen velón castellano que siempre acaba por apagarse. Ha salido la luna y una nueva estrella nos alumbra...

Señala el ventanuco. Brilla con luz que da a las cosas realidad de sueño.

GOBERNADOR.- Si sólo mi escribano conocía lo que tengo estampado en este pliego: el juramento de hacer tragar sus libelos a ese obispo respingador..., habrá que preguntaros, cómo y a qué horas lo leisteis.

FRAILE.- ¡No me deis ojos de lince! GOBERNADOR.- Decid, pues...

FRAILE.- Quién no sabe leer gestos, intenciones, pensamientos, y quién ignora que los navíos que ahora parten para España, no van cargados de oro, sino de pliegos en los que se pide a Su Majestad que no se cumplan las nuevas leyes, v se injuria, y se amenaza a su promotor con hacerle engullir su «Brevísima» v sus «Proposiciones», que no son más que treinta...

GOBERNADOR.- ¿Treinta...? ¿Como los treinta denarios que recibió judas... (Ríe socarronamente.) Ahora sabemos que no exageran los que dicen que él es uno de los apóstoles... el de los treinta dineros...

FRAILE.- Ni los que afirman que vosotros, conquistadores, trajisteis a estas tierras, no la cruz de Cristo

Nuestro Señor, sino otras de las cruces que había en el Santo Calvario...

GOBERNADOR.- ¿Queréis decir que nos equivocamos de cruz?

FRAILE.- Tal cuentan. Cuentan que os equivocasteis de cruz. Cuentan que os trajisteis a las Indias la de uno de los ladrones.

GOBERNADOR.- ¿La de uno de los ladrones...? ¿La 'de cuál ladrón...? ¿La del Mal Ladrón?

FRAILE.- ¡Vos lo habéis dicho!

GOBERNADOR.- ¡Y por eso somos... lo que somos... robadores, homicidas, tiranos, sanguinarios...! ¡Sois donosos los frailes...! ¿Donosos...? ¡Infames...! ¡Váleme el diablo, es infame! ¡Los sagrados estandartes de Castilla a la par de la cruz del Mal Ladrón...! ¡Lo tengo por no oído, fray...! ¿Cómo os llamáis?

FRAILE.- Jerónimo de la Cruz.

GOBERNADOR (Cambia de ánimo al escuchar el nombre del FRAILE, desarruga el ceño y parece dispuesto a burlas).- ¿Jerónimo de la Cruz...? ¿De cuál cruz...?

FRAY JERONIMO.- De la verdadera...

GOBERNADOR.- ¡Ah... ja, ja... (rie), creí que de la nuestra! ¡Ya podíamos decir que nosotros los conquistadores trajimos a las Indias, la cruz del Mal Ladrón, y vosotros los frailes, la del otro ladrón! (Pausa.) Sentaos, fray Jerónimo de la Cruz...

FRAY JERONIMO, sin fijarse en el retintín con que le dice «de la Cruz», ocupa la silla y el GOBERNADOR el sillón.

FRAY JERONIMO.- Os importará saber por qué me

impuse un viaje de muchísimas leguas para buscaros esta noche, señor gobernador. Camino que se me hizo corto y del que sólo quédame el polvo que nos adelanta tiñosidad de muerte en la cara y de vejez en el pelo.

GOBERNADOR.- Os faltaron alientos a mi puerta... Andar y escalar... Sois como el de las Casas...

FRAY JERONIMO.-- Me atribulaba, más que la fatiga física, no llegar a tiempo de hablar con vos y explicaros a qué vengo.

GOBERNADOR.- No sé leer, como vos, intenciones, pensamientos ni gestos, pero, como oído de vuestros labios, lo adivino: a que dé libertad a los indios...

FRAY JERONIMO (interrumpiéndolo, vehemente). -¡No a los indios! ¡A un indio!

GOBERNADOR.- ¿A un indio?

FRAY JERONIMO.- Un indio que tenéis encerrado en el patio del aljibe.

GOBERNADOR.- ¿Y por ese perro..., por esa bestia sin pensamiento que parece un ídolo vacío, venís vos... desde dónde...?

FRAY JERONIMO.- Desde un convento de Nueva España...

GOBERNADOR.- ¿Desde Nueva España...? Y escaláis palacios y sorprendeisme a mí entre gallos y medianoche, por un indio... ¡Por un indio...! ¡Ah, pero ya sé... y con ese indio y todos los frailes que defienden a los indios, idos al diablo... vais a decir que no es por el indio, sino por la salvación de mi ánima!

FRAY JERONIMO.- Esta vez no se trata de salvaros a vos...

GOBERNADOR.- Yo ya estoy condenado. Tengo

esclavos. Indios que hice cristianos a cuchilladas.

FRAY JERONIMO.- Vuesa merced tiempo tendrá de salvarse. Se trata de acorrer a miles de pobrecitas almas en grave contingencia de perderse, por culpa vuestra... (Pausa. Después de la acusación hecha por el dominico, el silencio se torna embarazoso. No se sabe quién ha de hablar.) ¿Habéis oído hablar de la guerra de las dos princesas?

GOBERNADOR.- No, que recuerde...

FRAY JERONIMO.- Pero sí conocéis de la guerra de Troya...

GOBERNADOR.- ¡Arda yo! Que no estuve allí porque no había nacido...

FRAY JERONIMO.- Como grandes paganos, estos indios también tuvieron su guerra de Troya que se llamó guerra de las dos princesas. Uno de los príncipes o reyezuelos robó a otro dos hermosas doncellas, y por el rapto de esas dos Helenas, se desencadenó una lucha sin término a través de un lago en el que cada cual peleaba con su propia imagen y con la carne y hueso de los guerreros enemigos. La locura. En el espejo del lago, no sabían si se acuchillaban ellos o acuchillaban a las huestes contrarias.

GOBERNADOR.- Sin necesidad de espejo, en Flandes me pasó igual...

FRAY JERONIMO.- Y hubo sus Agamenones, sus Héctores, sus Aquiles indígenas, sitios de más de cien días, ejércitos de más de cien mil hombres, y al final de esa lucha les hallamos nosotros y les vencemos por el artificio de Ulises que allá puso fin a la guerra de Troya y aquí a la guerra de las dos princesas.

GOBERNADOR.- ¿Cuál artificio?

FRAY JERONIMO.- El caballo, pues traíamos a las conquistas que hicimos, multiplicado en nuestros caballos, el caballo de Troya...

GOBERNADOR.- Pero, ¿dónde trováis esas fábulas? ¡Decir que nuestras huestes venían con la cruz del Mal Ladrón y el caballo de Trova...!

FRAY JERONIMO.- ¿Fábulas...? Fue una guerra de exterminio que está a punto de comenzar, si no ha comenzado ya...

GOBERNADOR.- ¿Entre ellos? ¡Mejor, así se acaban!

FRAY JERONIMO.- Entre ellos y nosotros...

GOBERNADOR.- ¿Entre ellos y nosotros? ¡Vive Dios! Nuestros capitanes tienen talla más grande que la de los más grandes capitanes griegos, y ¿dónde están los que van a darnos batalla, si ya no nos queda sino sitiar al Sol y tomarlo por asalto, y dónde están las princesas raptadas...?

FRAY JERONIMO.- Eso lo sabéis vos...

GOBERNADOR.- ¿Yo...?

FRAY JERONIMO.- ¿Por qué tenéis a Musén Ca, el guardián de las doncellas sagradas, según sus gentilidades, preso en el patio del aljibe?

GOBERNADOR.- ¿Por qué me lo preguntáis, si os lo estáis contestando vos mismo? Para que confiese en tormentos quién rapta a esas doncellas.

FRAY JERONIMO.- O para que calle, si es cómplice...

GOBERNADOR.- ¿Cómplice de quién? ¿Y callar qué...?

FRAY JERONIMO.- Para que no hable, señor gobernador...

GOBERNADOR.- Para que no hable, no lo tendría en cerrojos. En mi mano están las horcas...

FRAY JERONIMO.- Faltáis a una alianza, a un pacto, a una amistad, y la lucha va a ser arrasadora, sin cuartel, a evitar esa guerra, en la que llevaremos la peor parte, pues no valdrá la bravosidad de nuestras huestes, por otra parte ya menguada -corazas hay, pero no coraje-, ni las chispas de vuestros humosos arcabuces -húmeda está la pólvora en los zurrones-, ni la presencia de nuestros caballos, que dos veces no hubiera podido Ulises usar su estratagema...

GOBERNADOR (pónese de pie y da un manotazo en la mesa). ¡Fray jerónimo, a fe mía, persona ha dicho ante mí, sin castigarla, lo que vos estáis diciendo!

FRAY JERONIMO.- ¡Soltad a Musén Ca, antes que empiece la matanza!

GOBERNADOR.- ¡Dejadme! ¡Dejadnos a nosotros, soldados, con nuestro guerrear a cuestas! ¡La guerra es nuestro oficio y beneficio cuando es con fortuna...!

FRAY JERONIMO (también se ha puesto de pie).- ¿A qué llamáis fortuna...? ¿A la voluntad de Dios que no se conoce y que esta vez os puede ser adversa?

Oyese a lo lejos un gran estruendo de voces, trompetas y tambores de guerra, seguido de apresurados pasos. El GOBERNADOR y FRAY JERONIMO quedan como clavados en el suelo, sin saber qué hacer ni qué decir.

ANTON ANTUNEZ (entra vestido con sus arreos de guerra).- ¡Se han alzado, señor Gobernador...! ¡Se han alzado... !

En un decir amén se llena el despacho -de arcabuceros, alabarderos, soldados, infantes de pica a la espalda y hacha en la mano.

VOCES DE LOS SOLDADOS.- ¡Santiago...! iSantiago...! ¡Santiago...! (Callan al ver entrar al TENIENTE.) GOBERNADOR.- ¡Teniente...!

TENIENTE (cuadrándose frente al GOBERNADOR). -¡Teniente para ahorcar!

GOBERNADOR (al TENIENTE).- ¡No retroceder..., ésas son mis órdenes! ¡No retroceder...! (PEDRALES se presenta con MUSEN CA, engrillado de la manos y los pies. Es hermoso, varonil, largo el pelo, desnudo de piernas, pecho y brazos; al entreabrir los labios muestra sus magníficos dientes. Su presencia hace callar a todos. Sólo se oyen a lo lejos los tambores. Al ver a MUSEN CA, en medio de un expectante silencio.) ¡A la horca...!

FRAY JERONIMO.- ¡Faltáis a vuestra palabra! ¡En ese arcón está el oro del rescate!

GOBERNADOR.- ¡A la horca!

FRAY JERONIMO.- ¡Ese hombre o las doscientas onzas de oro!

GOBERNADOR.- ¡Ese hombre o la paz y entrega de los alzados sin condición, si lo queréis salvar! FRAY JERONIMO (saliendo).- ¡Os traeré la paz...! ¡Os traeré la paz...!

TELON RAPIDO

Andanza segunda

ESCENARIO DE LA ANDANZA SEGUNDA

Falta mucho para la caída del Sol, pero ya se siente, coladiza y efímera, la rala luz de la tarde. El disco del astro, oculto a medias tras el cráter de uno de los volcanes, produce este prematuro y prolongado crepúsculo. Salón en el palacio arzobispal. Sillones y sillas, caoba y púrpura, mesa, caoba y mármol, un poco volando no obstante ser de pesado estilo español, en el gran espacio de la sala. Alfombrado rojo oscuro, muros tapizados de damasco color oro viejo y techo blanco. A la derecha y al fondo, puertas al interior, marcos y hojas de maderas talladas. A la izquierda, al fondo, un amplio ventanal que domina el acceso al palacio y parte de la ciudad, y hacia delante una puerta mayor a mitad cubierta por un cortinado, puerta que a través de galerías, pasadizos y zaguanes, da a la calle. En uno de los muros, un crucifijo en

agonía, esculpido en madera de naranjo, con una enorme corona de espinas, grandes clavos y el cuerpo tachonado de heridas y de sangre.

EN EL PALACIO ARZOBISPAL

VOZ FEMENINA (llamando al fondo y como desde lo alto).- ¡El chocolate! (Pausa. Más fuerte y casi gritando.) ¡El chocolate...!

PORTERO (está frente al ventanal, atento a lo que pasa fuera y anuncia con voz ronca, campanuda, algo que esperaba ver y que por fin ha visto).- ¡El gobernador...!

VOZ FEMENINA (en tono más alto).- ¡El chocolate... !

PORTERO (voz de bajo, imponiéndose).- ¡El gobernador!

PAJE (sale precipitadamente por la derecha).- ¡El chocolate...! (Va hacia el fondo y desaparece por la puerta que deja abierta.)

PORTERO (imponiéndose).- ¡El gobernador...! PAJE (reaparece casi al instante con una bandeja de plata donde va servida y humeante la jícara de espumoso chocolate, acompañada de panecillos).- ¡El chocolate...!

Se encamina hacia la puerta de la derecha, pero en ese momento aparecen el SEÑOR OBISPO y el MAYORAL. MAYORAL.- ¡El chocolate!

OBISPO (mirando ansiosamente hacia la ventana donde el PORTERO ya parece querer sacar la cara por los cristales).- ¡El gobernador...!

No sabe el OBISPO si seguir o volverse. El PAJE se acerca con la bandeja de plata, mientras el MAYORAL corre hacia el ventanal, donde el PORTERO, por estar atento a lo que pasa fuera, casi no lo siente aproximarse.

MAYORAL (confirmando. Autoritario).- ¡El gobernador!

OBISPO (apartando al PAJE que le presenta la bandeja).- ¡No estamos para chocolate...! (Se ve tan afligido que apenas puede hablar.)

El PAJE se retira con la colación, mientras el MAYORAL se acerca al OBISPO que está totalmente demudado, a punto de caer, y le sostiene.

PAJE (va hacia el fondo, pero antes de salir se engulle dos pares de panecillos y apura tragos de chocolate. Con la boca llena, llenísima, casi sin poder hablar, apenas se le entiende).- ¡No estamos para chocolate...! (Sale.)

El MAYORAL alcanza una silla para sentar al OBISPO, la que tiene más a la mano, y le ayuda a sacar de su pecho, de bajo la sotana morada, un frasco de sales. Hay un equívoco

gracioso: el OBISPO en su aflicción, cree que la cruz de oro y rubíes que cuelga en su pecho es el frasco de sales, y la levanta para llevarla a su nariz, pero el MAYORAL lo evita, aplicándole a la ventana felpuda la boquita del cristal que ha de devolverle los sentidos y la calma.

PORTERO (sin moverse del ventanal, anuncia).- ¡La carroza del gobernador se acerca... acaba de pasar por la esquina de la Santa Faz... !

MAYORAL (sin dejar de acudir al OBISPO, ayudándole a que respire las sales, se dirige severo, violento, al PORTERO).- ¡Nada de « el gobernador» ! ¡«El señor gobernador»...!

PORTERO.- ¡Sí, sí... el «señor» gobernador...!

MAYORAL.- ¿Por dónde viene, decid? PORTERO (moviéndose, empinándose, antes de dar

respuesta).- ¡Se ha detenido frente al palacio de los capitanes...! (Pausa breve, haciéndose pantalla con la mano sobre los ojos para ver mejor.) ¡Lo saludan las autoridades!

MAYORAL.- ¡Malo...! ¡Malo...! ¡Malo...! ¿Hablan con él...?

PORTERO (sin dejar de ir de un lado a otro del ventanal, empinándose lo más que puede).- Sí, algo le dicen todos al mismo tiempo, pero más bien sólo le saludan... apenas se detuvo... sigue... ahora le arrojan puñados de flores y le incensara...

MAYORAL (escandalizado).- ¿Le incensara...? ¿Le incensara...? (Al OBISPO.) Si Su Señoría Ilustrísima se pusiese de pie y diera unos cuantos pasos... (Trata de levantarlo de la silla.) ¿Lo incensara como al Señor Dios de los Ejércitos? (Esto lo dice vuelto al PORTERO. Luego torna a su solicitud con el OBISPO.) Unos cuantos pasos...

OBISPO (se pone de pie).- ¡Id a ver si mis defensores están en sus puestos y armados de todas armas!

MAYORAL.- Su Señoría sabe que sí, y dispuestos a jugarse la vida.

OBISPO (enfrentando al MAYORAL).- ¡Vos no les perdáis movimiento, y abalanzaos a tomarle de los brazos cuando eche mano a la daga... a la espada... al puñal... (Se sacude todo él como su tuviera frío.) ... estos hombres andan con tantas armas!

PORTERO.- La carroza del señor gobernador empieza a subir hacia el palacio arzobispal. Trae caballos blancos y los cocheros van cubiertos de oro. Menestrales y haraposos le saludan..., le aclaman...

MAYORAL.- ¡Habed por cierto que no viene a haceros daño alguno, tenéis por dilucidar un conflicto de potestades entre la justicia de Dios y la del rey!

OBISPO.- Nadie sabe lo que maquinan gentes que van del brazo con el Angel Percuciente. Jugador, gran mujeriego y enemigo de las nuevas leyes. ¡Ah-ay...!, siento su daga en el pecho.

MAYORAL.- ¡Apartad de vos la imagen del obispo atravesado por la daga de Hernando de Contreras en Castilla del Oro... !

OBISPO (levanta el brazo solemne y se cubre los ojos con el envés de la mano a la altura de la frente). -¡León...! ¡León de Nicaragua! ¡Está sin secarse la sangre de fray Antonio de Valdivieso... obispo y compañero del obispo las Casas...! ¡Ah, este las Casas, este nuevo Nathanael... hasta que no lo quemen vivo!

MAYORAL.- ¡Aquí estamos nosotros y allí fuera centinelas y guardias, para defenderos!

OBISPO.- El obispo Valdivieso alcanzó a decir al que en presencia de su madre lo cosía con la daga, una, otra y otra vez: «¡Acaba, carnicero...!»

PORTERO (premioso, interrumpe).- ¡Ya el gobernador... !

MAYORAL (a toda voz, cortando).- ¡El «señor» gobernador...!

OBISPO (anheloso por las noticias).- ¡Dejad que diga como quiera!

PORTERO.- ¡El señor gobernador baja de la carroza...! (Muy, muy empinado para alcanzar a ver lo que ocurre ya a los pies del ventanal.) El palafrenero está desdoblando el estribo... (Sale.)

OBISPO (tratando de abrirse el cuello de la sotana que siente que lo ahoga).- ¿Y después del asesinato del obispo de Valdivieso, qué pasó en Panamá? ¿No tuvieron al obispo de Panamá con la cuerda al cuello por defender a los'indios? ¡Y aquí, aquí, fresca, bermeja, goteante está la sangre de fray Jerónimo de la Cruz... !

MAYORAL.- ¡Su Señoría olvida que a fray Jerónimo no lo mataron los españoles, sino los indios! OBISPO.- ¡Los indios... los indios... los indios fueron los ejecutores, pero...! (Traga saliva.) ¡Los españoles se han vuelto peores que las fieras...! (Apoyando sus manos en el pecho y echándose atrás como si recibiera golpes o estocadas.) ¡Dagas...! ¡Acabad, carnicero! (Pasándose la mano en torno de la cabeza hasta trazar un círculo alrededor de su cuello.) ¡El cabestro...! ¡El cabestro...!

PORTERO (solemne, levantando el cortinado de la puerta de la izquierda, anuncia).- ¡El señor gobernador... ! (Mutis.)

GOBERNADOR (saludando desde la puerta con una profunda reverencia.- ¡Señoría Ilustrísima! (Se aproxima al OBISPO y al tiempo de arrodillarse para besarle el anillo de amatista, asoma un paje que coloca bajo su rodilla un cojín de seda púrpura.)

OBISPO.- ¡Dios bendiga al señor gobernador que nos visita hoy después de una tan larga ausencia! GOBERNADOR.- Los negocios de la guerra, Su Señoría, absorben por completo todo nuestro tiempo. No hemos logrado reducir a esos malditos Itzaes. (Fantasioso.)- ¡Vos sabéis que al olfato de Dios, más grato que

vuestro incienso es el olor a pólvora de nuestros arcabuces cuando matamos infieles!

MAYORAL (aparte).- ¡Horror...!

OBISPO.- Os bendigo por vuestros esfuerzos por acorrer y traer al redil a esas ovejas descarriadas... GOBERNADOR.- Primera bendición que cae en mucho tiempo sobre un... uno de los que según el de las Casas no tiene absolución...

OBISPO.- Al sacerdote, como al agua y al fuego, le está concedido lavar, limpiar, purificar... GOBERNADOR.- Soy sumamente culpable...

OBISPO.- Vos os acusáis...

GOBERNADOR (clavando la mirada en el MAYORAL).- ¿Estamos solos?

MAYORAL (inclinándose ante el OBISPO, saluda). -¡Su Señoría...! Y al llegar a la puerta de la derecha, se vuelve y se inclina.) ¡Señor gobernador...! (Mutis:)

OBISPO.- Tomad asiento...

GOBERNADOR (al sentarse).- Duéleme visitaros con ocasión de uno de los crímenes más negros cometidos en este reino...

OBISPO.- ¡Se nos abren las entrañas de dolor! ¿Os referís al martirio de fray Jerónimo de la Cruz? ¡Hecho nefasto en la persona de un religioso que era luz y columbina sencillez, luz nacida en 'aquel mineral de sabios que se llama Salamanca. Gregorio en lo moral, Ambrosio en el púlpito, Agustín en lo profundo, Jerónimo, como se llamaba, en las consultas!

GOBERNADOR.- Os traigo la pesadumbre del Gobierno...

OBISPO (sin dejarse interrumpir. En tono grandilocuente).- ¡Fray jerónimo de la Cruz poseía varias de las lenguas recónditas de los indios y el idioma de las señales divinas y por eso fue despertado, sacudido, levantado de su celda, en su convento de Nueva España, y transportado a través de cientos de leguas, como en un sueño, en el espacio de una noche! Venía a poner paz, a evitar un gran levantamiento de pueblos, sin más armas que su breviario, sin más armaduras que su sayal sobre su cuerpo ni más días que los de Cristo, pues se nos hizo llanto a los treinta y tres años de su edad.

GOBERNADOR (en voz baja, tras un largo silencio). -Decíaos yo...

OBISPO (en el mismo tono suave del GOBERNADOR).- Decíaisme vos...

GOBERNADOR.- La pesadumbre del Gobierno y, el propósito de auxiliaros.

OBISPO.- ¡Loado sea Dios que os envía!

GOBERNADOR.- Hemos de esclarecer un crimen que a todos nos sacude de espanto y proferir y ejecutar la sentencia en aquellos que resulten específicamente culpables, porque culpables son todos los indios y por eso les llevamos guerra y castigo y no por destruirlos y esclavizarlos, como pregona falsamente ante el Católico César, cuyos pies besamos sus vasallos, el malandante fray Bartolomé.

OBISPO.- Vuestro auxilio y ayuda, sí; pero delegar nuestra autoridad en vos, no. Sería dejar en vuestras manos lo que nos incumbe por mandato divino y humano. Sería renunciar al poder que tenemos para juzgar de los delitos cometidos en personas de religión, monjes o clérigos.

GOBERNADOR.- Olvida Su Señoría...

OBISPO.- ¡No olvido nada, señor gobernador! ¡El brazo de la Iglesia nos está concedido y pasa a través de los siglos con igual autoridad, porque es el brazo de Dios!

GOBERNADOR.- Olvida, Su Señoría, que el delito fue cometido en campo de guerra, a donde penetró fray jerónimo en mandadería de paz y porque los delitos que allí se hacen son más peligrosos, es justicia derecha que conozcan de ellos, el caudillo y su consejo.

OBISPO.- La guerra que lleváis contra los Itzaes, muy meritoria y remota, nada tiene que ver con lo que fue el levantamiento de esos indios para vengar agravios hechos a sus doncellas. Ya esta mezcolanza de guerras, invocando fuero de campo de batalla, es mal indicio...

GOBERNADOR (indignado).- ¡Me agraviáis! ¡Qué desconfianza es ésta, queréis decir!

OBISPO.- ¡En la muerte de fray jerónimo no está muy claro que los indios hayan obrado por iniciativa propia!

GOBERNADOR (sombrío).- ¿Vos lo creéis? ¿Tenéis alguna prueba?

OBISPO.- Dominico, seguidor y secundador de las doctrinas de fray Bartolomé de las Casas, qué de extraño suponer, por simple presunción humana, que los españoles de esta villa, a quienes perjudican las nuevas leyes por privarles de sus esclavos y heredamientos, le hubieran hecho asesinar. ¿No fueron españoles los que asesinaron al obispo de León, en Castilla del Oro...? ¿No fueron españoles los que llevaron al pie del madero, ya con el cabestro al cuello, al obispo de Panamá?

GOBERNADOR.- Fray jerónimo de la Cruz fue pasto de agudísimas flechas y los españoles no peleamos con arcos...

OBISPO.- Pero, ¿quién puso esas flechas en los arcos de esos indios?

GOBERNADOR.- Lo preguntaremos a los que resulten culpables. Lo cantarán en el tormento, tened seguro, y si hay españoles, juro por mi fe que no salvarán la cabeza.

OBISPO.- Nos... lo preguntaremos; vos, no. A vos, brazo secular, os entregará la justicia eclesiástica a los asesinos materiales e intelectuales, para que cumpláis la sentencia.

GOBERNADOR.- ¡Voto a san Pedro!

OBISPO.- La blasfemia no viste a los hidalgos ni a los menudos. (Pausa.) ¿Por qué enmudeció el que vos habíais preso en el patio del aljibe?

GOBERNADOR.- Bien sabéis, Señoría Ilustrísima, que le arrancaron la lengua en el tormento, sin que confesase nada.

OBISPO.- ¿Y qué podía confesar sobre la muerte de fray jerónimo, si ya era vuestro prisionero antes del levantamiento?

GOBERNADOR.- Se le tenía por el jefe de la conspiración...

OBISPO.- Sin mi venia se le indagó y se le dieron tormentos...

GOBERNADOR.- ¿Vuestra venia?

OBISPO.- Se habla de una india guerrera que dio u ofreció muchas onzas de oro en rescate de Musén Ca, el que murió sin lengua, sin bautizo v sin confesión.

GOBERNADOR (poniéndose de pie presa de indignación).- ¿Pero es que me estáis interrogando a mí? ¿Buscáis implicar españoles en un delito de indios? ¿Qué lucubráis? ¿Qué mancilla es esta...? Habláis de Musén Ca... Habláis de una mujer...

OBISPO (ya de pie, Interrumpiendo).- ¿De una mujer? ¡De un monstruo, señor gobernador, de un monstruo! ¡Esa fue el alma de la conspiración, tened seguro!

GOBERNADOR.- ¡Pues la habremos, os digo, y hablará en las torturas!

OBISPO (irónico y con mucha sorna).- Con tal que no pierda la lengua...

GOBERNADOR.- ¡Ira del cielo, qué queréis decir...! ¿Desconocéis mi autoridad? ¿No he venido a ofreceros la ayuda de la real justicia?

OBISPO.- La suprema justicia es la de Dios...

GOBERNADOR.- En nombre del rey se ejercen ambas...

OBISPO (despectivo).- ¡Gran cosa la justicia humana!

GOBERNADOR.- ¡Señoría, que os hago prender!

OBISPO.- Todo lo podéis hacer, menos engañar a Aquel que está presente e impresente.

GOBERNADOR (yendo hacia la puerta).- ¡Teologías! ¡Teologías...!

OBISPO.- ¡Os excomulgo! ¡Os excomulgo si no os retractáis (Sale el GOBERNADOR por la izquierda. El MAYORAL entra por la derecha.) ¿Habéis oído...?

MAYORAL- Lo que las puertas... OBISPO.- ¿Habéis visto...?

MAYORAL.- Lo que el ojo de la llave... (por el fondo asoma un PAJE con un vaso de agua. Entra el PORTERO y se escurre hacia el ventanal, para observar al GOBERNADOR

que se marcha. Tomando el vaso de la bandeja de oro en que la trae el PAJE.) Unos tragos de agua de azahar... (Pretende acercar el vaso a los labios de Su Señoría, pero éste se lo quita y bebe dos, tres tragos con su mano.)

OBISPO (después de beber el agua). ¡Qué aflicción, señor, qué aflicción! (El PAJE recoge el vaso de agua a mitad vacío, de manos del MAYORAL, y va a ponerse al lado del PORTERO, frente al ventanal, tratando de mirar lo que aquel espía tan atentamente.) Se aleja, mayoral, se aleja...

MAYORAL.- ¡Mejor! ¡Ojos que no ven...! ¡Ya ni siquiera se oye el rodar de la carroza!

PORTERO (alzando la voz, vuelto hacia Su Señoría y el MAYORAL).- Bajó por el otro lado. Va hacia los Baños del Volcán...

MAYORAL.- Y no os aflijáis por sus amenazas. ¡Os hago prender! ¿Quién es él para haceros prender? Hube de contener a nuestra gente. Si os pone la mano encima, lo degüellan y muere excomulgado.

PORTERO (a voces).- ¡La carroza ha desaparecido...! Sólo queda la polvareda...

OBISPO.- ¡Un abismo entre Dios y el rey...! (Casi soliloqueando.) ¿Por qué no accedí? ¿Por qué me aferré a mis vanidades? ¿Por qué no le propuse hacerlo en consejo y acuerdo de entre ambos?

MAYORAL.- ¡Válame santa María! ¡Loado sea el momento! Cualquier recedente hace jurisprudencia, la

jurisprudencia, hace ley, y es así como, a pedazos, se ha ido perdiendo la antigua, la verdadera justicia eclesiástica: ayer las Partidas, hoy el Tribunal del Santo Oficio, y ya está asomando por allí, la Audiencia de los Confines. Huélgome de que Su Señoría no le haya propuesto nada. Delito cometido en persona de Iglesia corresponde a nuestra exclusiva jurisdicción, cuya es también la sentencia, ya que sólo su cumplimiento se deja a la justicia ordinaria, como brazo ejecutor.

El PAJE saca una manzana de su bolsillo, la muerde y se la pasa al PORTERO, que también aplica sus dientes a la fruta. Siguen frente al ventanal.

OBISPO.- No sé, mayoral. En su ofuscación ese hombre se pondrá de parte de los culpables. MAYORAL.- Si ya está de parte de los culpables...

OBISPO.- Si ya está de parte de los culpables, quedará sin castigo la muerte de fray jerónimo... por la vanidad de un obispo y el orgullo de un tirano.

MAYORAL.- ¿Cómo sin castigo? ¿Y la horca...? OBISPO (extrañado).- ¿La horca?

MAYORAL.- Suben al patíbulo señores de un gran linaje y artesanos, sabios e ignorantes, frívolos personajes de la comedia humana y de las otras farsas como diz que hay

en la Corte, y doctores de Salamanca, y reyes, y condestables, privados, y alcaldes... y no va a subir el gobernador, si le cabe en suerte...

OBISPO.- ¿En suerte?

MAYORAL.- Dejad que os diga que por muy adelantado y caballero de la Orden de Santiago que sea el señor gobernador, llegado el caso, lo ahorcaremos. Ya veo la Plaza Mayor sembrada de curiosos, atónitos

unos, otros medrosos, otros contentos de ver que se hace justicia en el poderoso y no pocos llorando por su suerte...

OBISPO.- ¡Os obstináis en llamar suerte a la horca!

MAYORAL.- ¡Hay que colgarlo de una soga viuda, para que alguna vez esta plebeya tenga un marido noble!

OBISPO.- Por de pronto habrá que pensar en la excomunión que no será una soga viuda... MAYORAL.- Vendrán algunos de los miembros del venerable Cabildo. Tendrá que ser la excomunión mayor. Los hice llamar...

OBISPO (dirigiéndose hacia la puerta de la derecha). -Dudasteis de mi fortaleza, hombre de poca fe... MAYORAL.-Temí por vuesta vida...

OBISPO (antes de salir).- Conforme vayan llegando que pasen a la Sala Capitular...

Mutis del OBISPO y del MAYORAL que le sigue, le deja en la puerta, donde se arrodilla a besarle la esposa, y se vuelve hacia la puerta del fondo, por donde desaparece.

PAJE (viendo por el ventanal).- ¡El señor deán...!

PORTERO (asomándose a confirmarlo con sus ojos).¡Hala,..! ¡Idos... (Empuja al PAJE hacia la puerta del fondo.) que trae enarbolado el bastón y da cada garrotazo! Yo me esconderé tras la cortina... Prevenid al mayoral...

Sale el PAJE, el PORTERO se esconde, y al momento entra el DEAN por la puerta de la izquierda. Alto, huesudo, pelo cano, piel aceitunada, ojos hundidos, pómulos saltados, dientes desnudos, momificado en la sotana de vivos morados en el cuello y en los puños, vestimenta que arrastra y le queda un poco grande. Bonete de tres picos también muy grande caído sobre la frente. Al hombro un grueso bastón que empuña con firmeza v trae siempre listo para descargar golpes. Habla con voz cavernosa, ronca, entre regaño y gruñido.

DEAN- ¡No han llegado...! ¡No han llegado...! ¡Haraganes...! ¡Haraganes...! ¡Haraganísimos...! ¡Uno porque versifica...! Se pasea como si presintiera al PORTERO en el escondite, tras la cortina y lo buscara para descargar sobre él tremendo garrotazo.) ¡Otro porque pontifica...! ¡Otro porque santifica...! ¡Y otro porque for... se multiplica...! ji, ji, ji... ¡Haraganotes...! ¡Amolados...! ¡Machacones...! ¡No multiplican los peces v los panes, sino la especie...!

MAYORAL (reaparece por el fondo y se llega al DI AN con el temeroso cuidado del que sabe que puede ser víctima de uno de sus golpes).- Mi señor deán siempre con el madero al hombro...

DEAN.- Vos también... (Lo amenaza.) ¡Hipócritas...! ¡Embusteros...! ¡Gorrones...! ¡Ya les voy a dar su madero...!

MAYORAL.- Quise decir bastón... Con el bastón al hombro...

DEAN.- Así no pierdo tiempo en levantarlo. El golpe avisa...

PORTERO (desde la cortina al MAYORAL).- Si lo sabrá el Mampostor...

PORTERO.- El Mampostor. Lo dejó casi sin aliento del golpe y luego se acercó v le dijo: «¡Valga por los porrazos que vos dais a los fieles con los diezmos!»

MAYORAL (Al DEAN).- Pico de oro fue el señor deán en los sermones de una cuaresma sevillana, según tengo oído...

DEÁN.- Pues ahora, mayoral, ni púlpito, ni oro, ni pico..: Garrotazo..., garrotazo..., la elocuencia del garrotazo...

MAYORAL (Llevándose la mano al pabellón de la oreja).- ¿Quién?

El PORTERO aprovecha la llegada del CANONIGO DOCTORAL para escapar de su escondite, sin ser visto por el DEAN. El CANONIGO DOCTORAL es un personaje de regular estatura, gordo, carrillos en buche, bastante calvo,- usa quevedos y mantiene los brazos siempre colgados, lo que lo hace verse más alto y poco echado hacia delante. Trae en la mano varios infolios.

CANONIGO DOCTORAL.- ¡Ave María! MAYORAL (sin quitarle, los ojos al DEAN que repite entre dientes: «¡Haraganes!» «¡Haraganes!». etcétera, siempre dispuesto a descargar el golpe, alza la voz para contestar al CANONIGO DOCTORAL).-¡Gratia plena...!

CANONIGO DOCTORAL (al DEAN).- No bajáis la guardia ni en casa...

DEAN.- ¿Qué os extraña si indios y españoles son llevados por mal y no hay tal pacificación, sino conquista, conquista a todo conquistar, es decir, a Dios rezando y con el garrote dando? (Remueve el bastón sobre su hombro.) ¡Dando...! (Descarga algunos golpes contra enemigos imaginarios y gran temor de los presentes.) ¡Dando...!

MAYORAL (al CANONIGO DOCTORAL).- Su Ilustrísima se ha retirado a la capilla, pero pasará a la Sala Capitular tan pronto como le avise que sois llegados vos y el señor deán, los primeros que acudís al llamado.

DEAN (sin dejar de esgrimir y dar golpes al aire con el bastón).- ¡Dando...! ¡Dando...! ¡Dándole en la cabeza a los indios, por idólatras, y a los españoles por dejarse arrebatar sus privilegios, y a todos juntos, a todos juntos en las ingles, por bestiales, en los traseros, por abominables...! ¡Je, je, je...! Me voy a sentar... La comezón de descansar es cosquilla de

viejo... (Se sienta, sin bajar la guardia, con el bastón siempre al hombro.) ... Haraganes... Haraganes...

CANONIGO DOCTORAL.- Decid, mayoral, ¿estuvo el gobernador?

MAYORAL.- Y por eso os hice llamar. Amenazó con arrestar a Su Señoría y Su Señoría con excomulgarlo. Un conflicto en el que vos...

CANONIGO DOCTORAL.- ¡Buena carga me echáis encima! ¿Qué dicen los otros canónigos, el maestrescuela, el tesorero, el extravagante, el penitenciario? No sólo yo tengo boca, juzgad...

MAYORAL.- Venerable, sois el más antiguo de esta Santa Catedral y el más versado en achaques de Derecho Eclesiástico...

DEAN (en son de protesta sorda, murmurada).¡Haraganes... qué dicen... no han venido... haraganes!

CANONIGO DOCTORAL.- Vos no sois menos entendido, mayoral, y tenéis las artes prácticas que son como el esmalte que adorna, encubre y nubla a veces, el oro sustantivo de la ley.

MAYORAL.- Sois, a fe mía, sabio y afectuoso, afectuoso con calor de corazón. Los avances de la justicia ordinaria son inadmisibles. Nos arrebata los reos. Les da tormentos. Los interroga. Nos ignora. (Pausa). El Espíritu Santo os ilumine...

CANONIGO DOCTORAL.- Mi amén y los amenes de todos necesito, pues, como vosotros, soy del polvo de que fue hecho Adán.

MAYORAL.- Su Señoría Ilustrísima estuvo a punto de proponer al gobernador, y por eso yo creo que llegáis a tiempo, ¡loado sea Dios!, seguir el proceso ante un tribunal formado por las dos justicias.

CANONIGO DOCTORAL.- No habrá necesidad de tribunales especiales, bastará ajustarse a lo que es del Católico César su voluntad estampada en las nuevas leves.

MAYORAL.- Pero eso será negarnos...

CANONIGO DOCTORAL.- Y no hacerlo, caer en el limo profundo de la desobediencia. Las nuevas leyes no dejan lugar a las antojanzas de la hermenéutica. Cosas guisadas a derechas, derechas tienen que salir. Las nuevas leves son terminantes. La Audiencia de los Confines conocerá en vista v revista de todas las causas criminales pendientes y de las que se promovieren en lo sucesivo, de cualquier clase e importancia que fuesen, sin que haya recurso de apelación alguno en las sentencias que pronuncie... ¡¡ergo...!!' La Audiencia de los Confines es la llamada a conocer en el juicio criminal por el asesinato de fray jerónimo de la Cruz v felicitémonos, mayoral, porque no habrá ¡ni! arresto de nuestro

ilustrísimo v reverendísimo prelado, ¡ni! caerá el anatema: sobre nuestro gobernador excelentísimo...

DEAN.- ¡Ni garrotazo...! (Dice al tiempo de levantarse y soltar un bastonazo.) ¡Ni garrotazo...! (Luego se dirige hacia el ventanal farfullando.) ¡llustrísisisi...! ¡Reverendísisisi! ¡Excelentísisisi! «¡De Adulationem...!» «¡De Adulationem...!», es el tratado que no escribieron los antiguos... «¡De Adulationem...!» (Rie sólo para él.) «¡De Adulationem...!»

MAYORAL.- ¡Y yo, malhaya la tal Audiencia de los Confines! que tenía de ahorcarlo de una cuerda viuda, sin absolución, pues ni en artículo de muerte liberará a los indios que trabajan como esclavos en sus minas.

CANONIGO DOCTORAL.- ¿Ahorcar al gobernador sin absolución? (Se santigua.) ¡Mejor absolverlo! ¡Mejor absolverlo pero con la mano ya en forma de hacha para el tajo!

MAYORAL (gesto de desamparo).- ¡La Audiencia de los Confines! ¡Vos sabéis lo que son los tribunales colegiados! ¡Quedará sin castigo en la tierra la muerte de fray jerónimo de la Cruz...!

CANONIGO DOCTORAL.-- Esperemos que no, mayoral. Las actuaciones de nuestra justicia eclesiástica, que no pasan, a fuer de verídico, de las presunciones humanas en la prueba, ya fueron elevadas a sus estrados, y llegadas serán; iban en manos de un mandadero del rey, que ahora es sacerdote, es decir, caudillo sagrado.

Estas últimas frases las dice el CANONIGO DOCTORAL, ya siguiendo al MAYORAL que ceremoniosamente les indica el camino de la puerta de la derecha, a él y al DEÁN que ha bajado la guardia y marcha apoyándose en el bastón.

MAYORAL.- ¡Pasad! ¡Haced el favor! ¡Pasad a la Sala Capitular, mientras llegan los demás miembros del Venerable Cabildo! ¡No tardarán! ¡Voy a prevenir a Su Señoría que ya vosotros estáis aquí!

Se detienen sorprendidos por un rumor de voces amenazantes. No se oye cerca, pero les alarma porque parece provenir de una multitud reunida cerca del palacio arzobispal.

PORTERO (por la izquierda, con una espada en la mano, dando voces).- ¡Huid...! ¡Huid, mis señores...! MAYORAL.- ¿Qué ruido es ése?

PORTERO.- ¡Poneos a salvo...! ¡Poneos a salvo...! ¡Saqué mi espadón! ¿Dónde está Su Señoría...? DEÁN.- ¡Poneos a salvo...! (Mientras el MAYORAL corre hacia el vental, ansioso por saber de qué se trata, el DEÁN, que se apoyaba sobre el bastón, lo enarbola y avanza contra el PORTERO que se dispone, tras recular algunos pasos, a hacerle frente con la espada.) ¡Poneos a salvo...! ¡Con el espadón que portáis, que se ponga a salvo Malco! ¡Cómo os parecéis a aquel viejo embustero...!

PORTERO (listo a parar el bastonazo con que le amenaza el DEÁN, usando de la espada).- ¿Viejo embustero san Pedro...?

DEÁN.- ¿Y no negó al Maestro...?

CANONIGO DOCTORAL (al MAYORAL que ha vuelto a su lado).- ¡El gobernador no osará hacer de noche quebrantamiento de lugar sagrado! ¡Gritad a sus huestes que es sacrilegio profanar este lugar y atreverse contra hombres de religión! (El MAYORAL, que parece oírlo y no oírlo, se dirige hacia el fondo. Fuera crece el rumor de las voces. Al MAYORAL.) ¡Prevenid a los conjurados que el palacio arzobispal es parte de la Santa Iglesia Catedral!

El MAYORAL, en un abrir y cerrar de Ojos, desaparece y aparece por la puerta del fondo.

MAYORAL (Desesperado. Con la cara descompuesta).- ¿Dónde está la gente que vino a defender a Su Ilustrísima?

PORTERO.- ¡Se pasaron a los alzados! MAYORAL.- ¡Traición...! ¡Traición...! CANONIGO DOCTORAL.- ¡La peor pestilencia es recibir el hombre daño, de aquel en que se fía...! PORTERO.- ¡Ocupan las galerías, los patios...! ¡Salvaos...! ¡Huid por la catedral...! ¡Os pasarán a cuchillo a todos...! (El ARCEDIANO entra precipitadamente. Es un hombre color de garbanzo, ni alto ni bajo, carilargo, cargado de espaldas, pocos ojos, mucha nariz y mucha frente. El PORTERO, que iba huyendo hacia la puerta de la izquierda, casi se choca con él. Abriéndose para dejar paso e inclinándose.) ¡Señor Arcediano!

El ARCEDIANO se desploma en una silla. Apenas puede hablar. Se da aire con el pañuelo que extrae con dificultad de la sotana. Todos se acercan temerosos de que venga herido o golpeado. Se calman, al ver que sólo es el ahogo y el susto.

ARCEDIANO (alcanza respiración. Logra hablar). -¡Venerables... venerables hermanos, excusad, no pude venir antes... hay muy malas... muy malas... muy malas noticias!

CANONIGO DOCTORAL (saludándolo).- ¡Ojo nuestro... !

MAYORAL (furioso).- ¡No peores que las de este asalto... las de este derrompimiento... las de esta traición!

CANONIGO DOCTORAL.- ¡Dejad que hable el que ove por nos y mira por nos!

Fuera crece y atruena la grita de la gente alzada.

ARCEDIANO.- ¡La población está revuelta! ¡Corre el rumor de la llegada de fray Bartolorné de las Casas! ¡Entrará en la ciudad de un momento a otro!

MAYORAL (al PORTER0).- ¿Por qué dijisteis que era el gobernador v sus huestes?

PORTERO.- ¡No dije tal!

CANONIGO DOCTORAL.- Es gente tumultuada...

PORTERO.- ¡No me dejasteis explicar que los alzados eran los pacíficos, los católicos vecinos que vemos todos los días en misa, o... veíamos, porque ahora ni a misa vienen, desde que empezaron con eso de las reglamentaciones de Bar... de Bar... (Al darse cuenta que los CANONIGOS y el MAYORAL no le escuchan y que el DEÁN le amenaza, se escurre buscando la puerta de la izquierda.)

DEÁN (siguiendo al PORTERO).- ¡De Bar... tolo no acertólo, queréis decir...! (Muestra los dientes sin reírse.) ¡De Bar... tolo no acertólo!

PORTERO (llegado a la puerta, dispuesto a defenderse con su espada).- ¡Qué Bartolo no acertólo...! ¡De Bar... celona...! ¡Las reglamentaciones de Bar... celona!

Se quedan junto a la puerta hablando en voz baja. Por los gestos que hacen se adivina que el DEÁN está proponiendo al PORTERO, cambiar la espada por el bastón.

ARCEDIANO (repuesto de sus ahogos, se pone en pie y explica los sucesos al CANONIGO DOCTORAL V al MAYORAL, mientras aumenta el vocerío que sube de las calles).- Los encomenderos tuvieron noticia de la llegada del obispo las Casas. Desembarcó en Puerto Caballos. Algunos regidores se han ido al Ayuntamiento. De allí, del ventanal, podréis ver las luces del Palacio de los Capitanes Generales... (Se aproximan los tres al ventanal.) La gran sala de audiencias está encendida... (Pausa.) Aparte, se hacen aprestos de gente y armas, como si se aproximara un ejército enemigo. Espadas, lanzas, armaduras, arcabuces, todo ha vuelto a las manos de los que no tienen paz sino en la guerra...

Accede el PORTERO Y cambia con el DEAN la espada por el bastón. El PAJE entra por- la puerta del fondo, entra y sale, trayendo cirios y faroles encendidos. Fuera, entre la grita, se oyen algunas detonaciones.

MAYORAL (cada vez más alarmado).- ¡Esos ya son disparos de arcabuz...!

CANONIGO DOCTORAL.- Y si sólo fuera un rumor...

MAYORAL.- Y si no fuera frav Bartolomé de las Casas, sino Drake, el satánico pirata... (Todos se santiguan a un tiempo.) Si fuera Drake... (Vuelven a santiguarse.) el que hubiese tornado a sangre y fuego Puerto Caballos v avanzara contra la ciudad v se hubiera inventado lo de fray Bartolomé, por armar, sin alarmar, a la población...

ARCEDIANO.- ¡Al revés! ¡Al revés! ¡Se teme más a fray Bartolomé que al pirata...!

Irrumpe por la puerta de la izquierda, con gran susto

del PORTERO, un clérigo cabezón, melenudo, mediobarbado, que viste sotana y capa raídas. Va descubierto y con las manos empuñadas.

CLERIGON (saludando y mirando a todos lados).¡Buenas noches...!

MAYORAL (solícito, aproximándosele).- ¿A quién buscáis, padre?

CLERIGON.- ¡A ese obispo traidor que se dice obispo de Chiapas!

Librodot

MAYORAL (tomando al recién llegado por el cuello). -¡Teneos! ¿Quién sois?

DEAN.- ¡Dejad al prebendado...!

El grito del DEÁN paraliza al MAYORAL. Hasta entonces no se dan cuenta que ha cambiado con el PORTERO, el bastón por la espada. Y ante la inminencia de un tajo que puede abrirle la cabeza, el MAYORAL suelta su presa.

PREBENDADO.- ¡Voto a san Pedro, aún tengo tiempo de aguardar a ese obispo en el camino con gente apercibida, prenderlo y llevarlo maniatado al Perú, para que Pizarro y Carvajal le quiten la vida...! (Sale por la izquierda que pedazos se hace.)

MAYORAL (dando algunos pasos detrás).- ¡Este energúmeno lo capturará si viene solo! ARCEDIANO.- ¡Y con quién ha de venir... solo y a pie con sus setenta años...!

CANONIGO DOCTORAL.- Sin saber que a las puertas de la ciudad le esperan los conquistadores armados de todas armas y la plebe de palos y cuanto de matar y herir encontró a la mano...

La gresca fuera ha ido aumentando, a tal punto que ya parece que estuvieran peleando dentro del palacio arzobispal.

ARCEDIANO.-¿Su Señoría no está informada, MAYORAL.- Le informaré enseguida y le pediré permiso para salir al camino a defenderlo...

DEÁN.- ¡Voy yo, venerables, voy yo a defenderlo! Por algo les tengo dada la absolución a todos estos pícaros, sin poner por condición que antes liberen a sus esclavos. Puede que me oigan y depongan las armas...

ARCEDIANO.- ¿Habéis quebrantado las reglas?

DEAN.- ¿Soy yo culpable de que gente española muera en estas Indias y pida confesión?

CANONIGO DOCTORAL.- Pero os está vedado si no se desprenden de sus indios esclavos...

DEAN.- ¿Queréis que se les cierren las puertas del Cielo, por sus riquezas...?

CANONIGO DOCTORAL.- Se les cierran... El Evangelio no admite componendas...

ARCEDIANO.- O se les cierran a ellos o se les cierran a Su Majestad, porque cargáis la conciencia del César con esas absoluciones a mansalva...

DEAN.- ¿A mansalva...? Soy, como vosotros, hijo del Oleo...

ARCEDIANO.- Excusad mis palabras...

DEÁN.- ¡Sois malos jugadores de barajas y peores canonistas...! (Va hacia la puerta de la izquierda.) Mejor que voy a defender a ese otro loco... ¡Si oros matan copas... si oros matan copas... bulas papeles matan prohibiciones obispales... bulas papales matan prohibiciones...!

Librodot

Sale por la izquierda, la espada al hombro, el paso firme, casi marcialmente. Todos, inmóviles y silenciosos, le siguen con la mirada. Va a enfrentarse a la turbamulta, cuya voz crece en las calles, sin faltar los disparos de arcabuz. Al salir el DEAN se apaga el teatro.

FRENTE AL PALACIO
DE LOS CAPITANES GENERALES

Al encenderse la luz aparece un telón de fondo que muestra arcadas de soportales y un candil de aceite en un farol del alumbrado público. Un NEGRO alto y fuerte tira de un fardo, sin desatender una sombrilla gane cuelga de su brazo, seguido de una multitud de hombres y mujeres, armados de palos, que le persiguen y van a darle caza en el momento en que entra el DEAN. Ya algunos han empezado a propinarle los primeros golpes.

DEAN. (blandiendo la espada).- ¡Atrás, malvados! ¡Atrás! ¿Qué hacéis? ¿Quién os ha mandado? VOCES DE HOMBRES Y MUJERES.- ¡No le defendáis! ¡Es el criado del mal obispo! ¡Muera si no confiesa dónde se metió su amo! ¡Que confiese! ¡Que hable! ¡Que diga dónde se metió si amo! ¡Para eso tiene boca!

DEAN.- ¡Atrás, es forastero! ¡Atrás! ¡Atrás, o vais a ser tocados por el fuego de Dios!

VOCES DE. HOMBRES Y MUJERES.- ¡Es el criado del mal obispo, hacedlo confesar vos! ¡Muera si no confiesa dónde se escondió su amo! ¡A su amo buscamos! ¡Que confiese! ¡Que confiese...!

DEAN (al NEGRO).- Dónde está tu amo...? ¡Confiesa...!

NEGRO (temblando de miedo).- No sé, usía... No sé dónde se metió mi. amito... Me quedé con el equipaje y no sé qué se hizo.

A estas palabras, la plebe enfurecida trata de apropiarse del NEGRO. El DEAN se interpone, lo pone a su espalda y lo defiende a espadazos.

DEAN (gritando).- ¡A no llorar, canallas! ¡Y a recoger heridos...!

VOCES DE HOMBRES Y MUJERES.-- ¿Quién sois que habláis así?

DEAN.- ¡El que esgrime la espada de Dios! ¡Salvaos! ¡Es tiempo! ¡Salvaos! ¡La espada que mata, destroza, consume, aniquila...!

El dicho del DEAN hace retroceder espantados a los perseguidores del NEGRO.

VOCES DE HOMBRES Y MUJERES.-- ¡La espada de Dios...! ¡La espada de Dios...! ¡Mata... consume... destroza... aniquila...! ¡Vamos...! ¡Vamos...! ¿Dónde se habrá metido el mal obispo... ?

Librodot

DEAN (moviendo la cabeza de un lado a otro, mientras aquéllos salen).- Me explico que los encomenderos, los conquistadores y habientes de minas y esclavos, se emperren a mordisco limpio contra el dominico; pero ¡que estos haraposos, hambrientos y miserables formen partido para defender dinero y riqueza que no son de ellos...!

NEGRO (se acerca al DEAN y le interrumpe).- ¡Mi amito ya está en sagrado! Se fue directamente a la Catedral. Soy Comacho y aquí traigo por matelaje, infolios y más infolios, infolios que servirán para descargar la conciencia de Su Majestad del delito de conseguir esclavos en sus reinos, y este parasol (muestra la sombrilla y la abre), parasol, paraguas, para todo sirve... DEÁN.- ¡Menos para parar los golpes y más os valiera a tu amo y a vos por las vísperas cantadas en tus costillas, que no andáis de guerra con la lluvia y el sol, traer un escudo! Y si tu amo está en la Catedral, vamos allá, debo ampararlo con mi espada, no sea que alguien ose meter mano airada en su persona.

COMACHO.-¡Vamos, usía, os sigo, os sigo...! (Delante sale el DEÁN, la espada al hombro y detrás el NEGRO, con la sombrilla abierta y el equipaje al hombro.) ¡Pesan...! (Puja.) ¡Pesan estos infolios! ¡Si así le pesa al Sagrado César la conciencia por todo lo que los españoles han hecho en las Indias, no quisiera ser rey!

DEÁN (se va repitiendo).- ¡Que los ricos defiendan su riqueza, norabuena; pero que los pobres defiendan las riquezas de los ricos, como si fueran propias, no se explica...! ¡Válame santa María, habrá pobres que tampoco entrarán al reino de Dios... éstos... estos que defienden a los ricos...! (antes de salir, se detiene, levanta la espada y proclama.) ¡No se abrirán las puertas de los Cielos para los pobres que defiendan a los ricos...! Apenas salidos el DEÁN y el NEGRO, invaden la escena grupos de gente haraposa, desnuda, descalza; en el primero privan las mujeres, en el segundo, los carniceros y artesanos; en el tercero, conquistadores venidos a menos.

PRIMER GRUPO (en su mayoría mujeres).- ¡Que absuelvan a los ricos...! ¡Que absuelvan a los ricos...! ¡Que absuelvan a los ricos, sin que hagan la renuncia de sus bienes y esclavos...! ¡Que absuelvan a los ricos...! ¡Que absuelvan a los ricos...!

SEGUNDO GRUPO (carniceros y artesanos, la mayoría con cuchillos, dagas, hachas).- ¡El que da y quita, en la puerta del Infierno lo desquita...! ¡El que da y quita, en la puerta del Infierno lo desquita...! ¡El rey lo dio y después lo quitó...! ¡El rey lo dio y después lo quitó!

CARNICERO MAYOR (destacándose).- ¡A diez indios se comió el dueño de esa piel! (muestra una piel de tigre.) Y más valía él, y más valía él...

SEGUNDO GRUPO (coreándolo).- ¡Y más valía él...! (Señalan la piel del tigre que el CARNICERO MAYOR agita como una bandera.) ¡Y más valía él! ¡Y más valía él... !

CARNICERO MAYOR.- ¡Diez indios costó esta piel de tigre, y más valía el tigre...!

Librodot

SEGUNDO GRUPO (a coro).- ¡Y más valía el tigre...! ¡Y más valía el tigre...!

PRIMER GRUPO.- ¡Que absuelvan a los ricos...! ¡Que absuelvan a los ricos...!

TERCER GRUPO (conquistadores venidos a menos).¿Quién osa quitarnos los esclavos...? ¡Un español que no es español! ¡Que es Casafus...! ¡Que no es español...! ¡Que es Casafus...! ¡Qué las Casas...! ¡Casasus! ¡No es español! ¡Es Casafus...!

UN ANCIANO.- ¡Mis esclavos...! ¡Mis esclavos...! ¡Autoridad, hacienda, honra, comida y ser me quitan, si me quitan mis esclavos...

TERCER GRUPO (a coro).- ¡No es español...! ¡No es español...! ¡A la horca, Casafus...! ¡A la horca...! ¡A la hoguera...!

PRIMERO Y SEGUNDO GRUPO (gritando más las mujeres).- ¡A la horca! ¡A la hoguera! ¡A la horca...!

¡A la hoguera...! (Al fondo debe decirse. «¡No es las Casas, es Casasus...!» «¡Es Casafus...! ¡No es español!») ¡A la horca...! ¡A la hoguera...!

PREBENDADO (entra arrebatadamente, se coloca al centro, y empieza a gritar, mientras da saltos con la sotana recogida entre ambas manos).- ¡Al Perú! ¡Al Perú...! ¡Al Perú...!

GRUPOS (voceando en coro).- ¡A la horca...! ¡A la hoguera...! ¡A la horca...! ¡A la hoguera...!

PREBENDADO (zapateando, pataleando, enfurecido, emberrinchado).- ¡Al Perú...! ¡Al Perú...!

GRUPOS.- ¡A la hoguera...! ¡A la hoguera...! ¡A la horca...! ¡A la horca...! ¡Al Perú...! ¡Al Perú...! Salen todos detrás del PREBENDADO gritando: «¡Al Perú...! ¡Al Perú...!»

ANCIANO ESPAÑOL (antes de salir).- ¡Mis esclavos! ¡Mis esclavos! ¡Si me quitan mis esclavos, me quitan autoridad, hacienda, honra, comida y ser! (se une al latiguillo que oye repetir a lo lejos.) ¡Al Perú...! ¡Al Perú...! ¡No, al Perú, no, ahora vamos a la Catedral...! (Mutis.)

Al quedar a solas la escena, asoma NABORI la guerrera, que atisba el paso de alguien. Pronto se ve venir al GOBERNADOR, embozado. Parece salir del Palacio de los Capitanes Generales.

NABORI.- Te buscaba...

GOBERNADOR.- Es una grave imprudencia haber venido. Pueden prenderte.

NABORI.- ¿Por qué no me das audiencia? ¿Por qué recelas de mí...?

GOBERNADOR.- ¡Cómo no recelar después de la emboscada en que de no haber caído fray jerónimo, habría sido yo la víctima! Estuve a punto de ir en lugar de fray jerónimo y... (Atúsase los bigotes, orondo, fanfarrón.) no en mandadería de paz...

Librodot

NABORI.- Sabido es, mi señor, mi gran señor, que cuando nos visitas es siempre en son de guerra. Nosotros esperábamos al que con una piedra de río había dado cita a una de nuestras vírgenes sagradas. De ser tú, mi señor, mi gran señor, no llegas callando como el hombre del vestido blanco, sino con banderas desplegadas y tambores... ¡Alto, habría dicho yo a mis flecheros, con este caballero tenemos un pacto, y estarías ileso!

GOBERNADOR.- Ahora, márchate, márchate... si te capturan no podré salvarte de la hoguera. NABORI.- Antes quiero saber dónde está Musén Ca.

GOBERNADOR.- ¿Dónde...? ;Sabes, sabemos, acaso, a dónde van los ajusticiados...?

NABORI.- ¿Ajusticiados?

GOBERNADOR.- Así lo exigió la justicia que ahora está más hambrienta que nunca, igual que perra flaca criando jueces.

NABORI.- Era inocente...

GOBERNADOR.- Inocente o culpable, a los jueces les da lo mismo. A cada crimen su responsable. NABORI.- ¿Y el pacto que tenías conmigo? ¿Y el rescate en onzas de oro?

GOBERNADOR.- Creí que sacrificando a Musén Ca, quedarían satisfechos, pero ahora los nuevos jueces, los de esa Audiencia que se llama de los Confines, te

acusan a ti. Frailes y clérigos exigen que se te capture y entregue a las llamas. Y ahora, márchate, que aquí estás peligrando la vida.

NABORI (en tono plañidero).-¡Musén Ca...! ¡Musén Ca...! ¡Musén Ca...!

Se apartan. Entran y la rodean varios flecheros encabezados por FLECHERO AMARILLO y FLECHERO ROJO. Hacia el GOBERNADOR viene el PREBENDADO.

PREBENDADO.- ¡Os encuentro...! ¡Por fin os encuentro...! Los encomenderos no se satisfacen. Les parece poco quitarle al obispo las Casas las temporalidades.

GOBERNADOR.- ¿Y qué exigen? PREBENDADO.- Que se le quite la tonsura... GOBERNADOR.- ¿La tonsura...?

PREBENDADO.- ¡La tonsura con todo y la cabeza! GOBERNADOR.- ¡Están locos!

PREBENDADO.- O por lo menos, que se aprese y se le mande atado de pies y manos al Perú. GOBERNADOR.- ¿Y a precio de qué?

PREBENDADO.- A precio de buscaros amigos en la Corte. Los encomenderos saben que sin amigos no salváis la cabeza. Y los amigos hay que comprarlos. Pesan oro y vos estáis arruinado.

GOBERNADOR.- ¡Y oírlo de vos, me lleva el diablo! ¡De vos... (Lo toma violentamente por los brazos y lo sacude.) que sois la parte de la acémila que oculta el rabo...! ¿Cómo osáis proponerme que lo capture en la Catedral? ¿Queréis perderme...?

PREBENDADO. (asustado).- ¡No, no, en la Catedral, no! Los encomenderos proponen que le prendáis mañana, cuando reciba en el palacio arzobispal a los miembros del Ayuntamiento.

GOBERNADOR (ya más calmado).- Irán a rendirle parias, yo los conozco.

PREBENDADO.- Mal se os informa. Irán a injuriarle, y se armará tal tremolina, que nos será fácil fraguar un asalto y capturarle... Tengo un plan... (Encamínanse con el GOBERNADOR a un extremo de la escena.) Los indios nos observan. Haced como que leéis este pliego... (Le entrega un largo rollo de papel.)

En el lugar en que está NABORI con los indios lamentando la muerte de MUSEN CA, éstos alzan la voz. Su hablar es suave, cantado, cadencioso.

FLECHERO AMARILLO.- ¡No asentábamos la planta de los pies sobre la tierra por buscarte, por encontrar tu huella!

FLECHERO ROJO.- ¿Dónde estabas, Naborí?

FLECHERO AMARILLO.- ¡Habla! ¡Pon tus palabras sobre nuestras lenguas! ¡Allá con nosotros, mucho muerto... En las minas, también mucho muerto. En los obrajes, también mucho muerto. En la orilla del mar, donde se construyen los barcos, también mucho muerto. Mucho muerto... huesos... pellejos... ojos vacíos... comidos por animales...

FLECHERO ROJO.- Habrá que hacer algo, vengar a Musén Ca, para que regrese el tiempo bueno...

FLECHEROS.- ¡Nosotros, ay, flechamos al hombre vestido de blanco, le adornamos con nuestras flechas, para matarlo, para adorarlo, y Musén Ca, pagó!

FLECHEROS.- ¡Hay que vengarlo...! ¡No dejemos la noche sobre el día!

PREBENDADO (acercándose a los indios seguido del GOBERNADOR que simula seguir leyendo el pliego, habla en forma de secreto, de revelarles algo grave).- Y ahora está en la Catedral otro hombre blanco que ha venido a que se castigue a los verdaderos culpables por la muerte de fray jerónimo...

NABORI.- A mí se me acusa ahora, y justo es que pague; pero Musén Ca era inocente...

PREBENDADO (brusco).- ¡A vos y al gobernador! ¡A los dos...!

NABORI (muy sorprendida).- ¿A mi señor? PREBENDADO.- Es la orden que hay en ese pliego, que está «pintada» en ese pliego...

GOBERNADOR (adelantando).- Así es, Naborí, por el pacto que tenía contigo...

NABORI.- Pero el pacto era no hablar de dar muerte al hombre blanco. Era una alianza de paz y de rescate por Musén Ca.

PREBENDADO.- Demasiado tarde para dar explicaciones. Ahora hay que defenderse. Podéis aliaros de nuevo. Los dos estáis en peligro de caer en manos de ese hombre blanco que está en la Catedral.

NABORI.- Me internaré en mis montañas...

PREBENDADO.- No os deiarán huir, va os vigilan... ¿Y el señor gobernador, a dónde irá, me queréis decir? ¿Pagará sólo él el haberse aliado con vos?

GOBERNADOR.- ¿Y qué proponéis...? ¡Hablad!

PREBENDADO.- Capturar al hombre blanco mañana en el palacio arzobispal cuando reciba a los miembros del Ayuntamiento. (Confidencial.) Esos hombres blancos, Naborí, balan de las montañas de nieve a acabar con el género humano. (Persuasivo.) Os aliáis de nuevo y sellado el pacto entre vosotros, Naborí se presenta con sus flecheros, lo intima a entregarse, Y nosotros, aprovechando la confusión con el pretexto de defenderlo, lo capturamos.

NABORI guarda profundo silencio.

GOBERNADOR.-¿Has oído? (NABORI parece ausente, impenetrable.) Debes responder ahora. Celebramos la alianza de amistad y prepararnos el asalto. Esos hombres blancos son monstruos de nieve, peores que los españoles...

PREBENDADO.- Por vos está el gobernador en peligro de ser condenado a que le corten la cabeza. ¿Aceptáis...?

GOBERNADOR.- ¡Di tu palabra...!

PREBENDADO.- ¿Qué condición ponéis...?

NABORI (despejando los labios, como ausente).Qué condición... (Resuelta.) ¡Si mi señor va al frente de sus capitanes, yo iré al frente de mis flecheros...! Calla el GOBERNADOR.

PREBENDADO (al GOBERNADOR).- A vos os toca decir si aceptáis...

NABORI.- Es mi condición...

PREBENDADO.- ¡No sé por qué dudáis uno y el otro, si los dos estáis perdidos!

Sigue enmudecido el GOBERNADOR.

NABORI.- Si va mi señor, voy yo...

PREBENDADO (al GOBERNADOR).- ¡Qué os importa, valame el diablo, si vais en papel de defensor... (Más bajo.) y qué cuesta una rociada de arcabuces sobre estos sanguinarios flecheros!

FLECHERO ROJO (a NABORI).- ¡Contra el hombre vestido de blanco, no, es nuestro padre...!

NABORI (aparte).- Deja tu lengua en mi oído...

Librodot

GOBERNADOR.- ¡Pactado...!

PREBENDADO.- ¡Ninguno de los dos podrá volver atrás... !

NABORI.- ¡Pactado!

GOBERNADOR.- Vuestras flechas... (Los indios presentan sus flechas puestas sobre sus arcos.) Y mi espada...

PREBENDADO.- ¡La bendición...! ¡La bendición...! (Bendice flechas y espada entrelazadas.) ¡Para que todo se haga en el nombre de Dios!

TELON

Andanza tercera

EN MEDIO DE LA SOMBRA

Se alza el telón con el teatro oscuro. En un extremo de la escena, hacia foro, frente a una pequeña mesa, sentado en un banco, se ve un fraile dominico de hermosa presencia por la complexión de hombre corpulento, fuerte y enérgico a pesar de sus setenta años, y por la gran nobleza de su rostro. Es FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS, obispo de Chiapas. Sueña que está en presencia del emperador Carlos V, en la controversia teológicopolítica que sostuvo en Valladolid con el doctor Juan Ginés Sepúlveda. Llameantes los ojos, llameante el pelo, llameantes los labios, llameantes las manos, llameante el verbo.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¡No...! ¡No, Sagrado César, Invictísimo Príncipe...! (Se pone de pie.) ¡No existe el poder absoluto de los reyes para enajenar vasallos, pueblos y jurisdicciones, sin consentimiento de los súbditos...! (Da un golpe en la mesa con la mano empuñada y su actitud y su gesto adelantarán, en más de dos siglos, las actitudes, ideas, gestos y palabras de los miembros de la Convención francesa de 1782.) ¡La voluntad de la Nación es el origen de la autoridad de los reyes, príncipes, magistrados, v éstos jamás deben considerarse superiores a la ley...! (Otro puñetazo.) ¡Se me acusa de negar a los reyes de Castilla su imperio y señorío en las Indias Occidentales, acusación gravísima y sin fundamento, pues lo que he negado y ¡¡Niego!!, es el derecho de los reyes de Castilla y León

a hacer la guerra a los indios y a conquistarlos por medio de las armas, por ser las guerras de conquistas inicuas, tiránicas y condenadas por toda ley natural, divina y humana. ¿Por medio de las armas he dicho? ¿De las armas, no, del crimen! (Exaltándose.) ¡Yo jamás vi la espada separada del crimen...! ¡No ha sido siempre así, pero yo, yo, ¿qué queréis, Majestad?, sólo vi la espada unida a la muerte, a la violencia, a la opresión, a la barbarie! ¡Vi su lengua de acero traspasar de parte a parte niños, mujeres y hombres indefensos...! ¡No me culpéis...! ¡Juzgo por lo que vi! ¡Doy testimonio de no ser reo callando de la forma en que han usado y usan la espada contra estas indianas gentes, pacíficas, humildes, mansas, los que tienen por nada derramar tan inmensa copia de humana sangre y despoblar de sus naturales moradores y poseedores, tierras vastísimas...! ¡Tomad, Majestad, tomad en vuestras reales manos esa maldita herramienta de la conquista, la espada en amarguísima hora desembarcada al par de la cruz en las Indias, y quebradla como la ha quebrado Dios, cuyas divinas manos nos arrojaron al rostro sus pedazos para marcarnos, herradores de esclavos, por todos los siglos venideros...! ¡Vos no lo sabíais, Majestad, y tan pronto como lo supisteis se empezó a disipar el mal, pero el mal ya estaba hecho y ahora sólo nos queda suplicaros que no accedáis a que se repitan las conquistas, empresas de destrucción v despedazamiento de gentes, pues tal vez así conjuremos la cólera divina, el castigo que caerá sobre nosotros por haber manchado nuestra verdadera misión, propagar el reino de Dios, por culpa de un puñado de aventureros peores que piratas, peores que turcos, peores que moros...!

VOCES (afuera, lejanas).- ¡A la hoguera...! ¡Mal obispo...! ¡A la hoguera...! ¡Mal obispo...! ¡A la horca... !¡A la horca... !

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¡Evitemos que tiranos y más tiranos perpetúen en esa parte del Orbe el crimen de los crímenes: la negación de los derechos humanos basados en el ordenamiento divino...

VOCES.- ¡A la horca...! ¡Mal obispo...! ¡A la hoguera...! ¡Mal obispo...! ¡A la horca...! ¡A la hoguera...!

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- Pero, ¿quién curaría de mí, de un lado del océano todos me maldicen, del otro lado del océano todos me bendicen; a quién se le daría algo por mis escritos y cartas, por lo que tengo hablado y puesto en molde, y esta controversia entre el más erudito de vuestros doctores v el más humilde de vuestros criados, pasaría de un torneo oratorio entre un belicista y un pacifista, de un florilegio digno del laurel o del olvido, si yo no hubiese hablado de la esclavitud: el peor de los crímenes contra Dios que estampó su imagen en la criatura humana, y contra Cristo que lo libera de todo mal con el bautismo y lo eleva a la categoría de hijo de su Padre? ¿Qué han hecho señor y emperador, en

Librodot

vuestros vastísimos dominios de la imagen de Dios...? ¡Esclavos...! ¿Qué han hecho de mis pobres desnudos, hijos del Padre Celestial...? ¡Esclavos...!

VOCES.- ¡Agitador...! ¡Mal obispo...! ¡A la hoguera...! ¡Agitador...! ¡Agitador...! ¡Agitador...! ¡A la horca...! ¡Agitador...! ¡Mal obispo...!

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¡Aquesta es y no otra la razón del odio que despiertan mis escritos entre los poseedores de esclavos y los que, invocando razones de Estado, defienden un derecho de guerra que se traduce en invasión de los países, asalto de sus habitantes, cautiverio y esclavitud; un derecho civil que no es tal derecho por ser el que ampara la marcadura de esclavos, la confiscación de sus -bienes, el tributo, la servidumbre, la relegación; y leyes penales que autorizan la esclavitud, el asesinato y la hoguera... !

VOCES.- ¡Agitador...! ¡Agitador! ¡Agitador...! ¡Mal obispo... !

De pronto se da cuenta de las voces que le cercan. Antes parecía no oírlas. Se olvida del emperador y responde, yendo de un lado a otro, a los que le llaman «agitador», «mal obispo», y reclaman para él la horca y la hoguera.

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¿Vosotros también...? ¡No sólo padecéis la injusticia, sino la defendéis...!

VOCES.- ¡Agitador...! ¡Agitador...! ¡Mentiroso...! ¡Calumniador...! Vos también fuisteis tras el oro...! ¡Vos también tuvisteis esclavos...!

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¡Es verdad! ¡Es verdad, señor mío, que fui tras el oro y tuve esclavos...! ¡Réprobo! ¡Réprobo! ¡Hasta el día en que se fundieron en mi corazón el oro y la propiedad, en un gran amor por el prójimo y por vos, víspera de este otro día, el más feliz de mi vida, en que el emperador acaba de dar para las Nuevas Indias, las Nuevas Leyes... !

VOCES.- ¡A la hoguera con él...! ¡A la horca con él...! ¡Al Perú...! ¡Al Perú...! ¡A la hoguera...! ¡A la horca...! ¡A la hoguera...! ¡A la hoguera...!

FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS.- ¡A la hoguera conmigo...? ¡Yo me quemaré, pero no las Nuevas Leyes...! ¿A la horca conmigo...? ¡El nudo corredizo cerrará mi garganta, pero no la voz de la libertad...! ¡Libres...! ¡Libres...! ¡Esclavos, ya sois libres...! ¡Pobres desnudos míos, ya sois libres...! ¡Libres...! ¡Libres! ¡Pobres desnudos...! ¡Pobres desnudos míos! (Pausa. Queda gastado, anhelante, masticando la palabra «libre», hasta reiniciar el monólogo con la voz más apagada, más lenta, más triste.) ... Pero del infolio a la realidad, el escolio... qué distancia del dicho del rey al hecho de la ley... y esa distancia oceánica me toca navegar ahora, después de seis veces de andar el mar... ¿En qué bajel...? ¿Con qué brújula...? ¿Quiénes... qué vientos, qué remeros... impulsarán mi nave combatida y en ningún puerto esperada...? ¡Dios...! ¡Dios es el viento...! ¡Dios es el remero...! (Recobrando su ímpetu

batallador.) ¡No más cristianos herrados en carne viva, ahora todos sois vasallos de Su Majestad...! ¡Se acabó el imperio del amo! ¡Las nuevas leyes os amparan y aunque en la Corte digan que por leyes más, leyes menos, no pelean, yo sí peleo por leyes, que es el comenzar de esto que ha de seguir...! ¡No más indios cazados con perros cimarrones para llevarlos a trabajar a las minas hasta la muerte y muerte de nadie...! ¡No más indios azotados...! ¡No más indios encadenados...! ¡No más indios sin orejas, sin manos, sin piernas, cercén que es el mayor castigo, porque si los llevan encadenados y se desmayan de fatiga, les cortan la cabeza, para no darse el trabajo de desenganchar...!

VOCES.- ¡Qué negra suerte la de los negros...! ¡Qué negra suerte la de los negros...!

Mira con pavor a todos lados, como si aquellas voces materializaron algo terrible para él, y avanza como si fuera a callar la acusación.

VOCES.- ¡Qué negra suerte la de los negros...! ¡Qué negra suerte la de los negros...!

Oscuridad y silencio le rodean. Va de un lado a otro tras las voces.

VOCES.- ¡Qué negra suerte la de los negros...! ¡Qué negra suerte la de los negros...!

No sabe qué hacer y cae de rodillas.

FRAY BARTOLOME.- ¡Perdón...! ¡Perdón...! ¡No me acuséis sin oírme...! ¡Aconsejé llevar negros a las Nuevas Indias, pero ya el infame comercio existía...! ¡El sufrimiento de los indios me cegó hasta proponer que esos cirineos de color, también esclavos, también esclavos, vinieran a a ayudar con la cruz de la conquista a mis pobres bestezuelas de barro que por su contextura física ya no soportaban más...! ¡Con mi sangre quisiera pagar este consejo tan malo, como bueno fue que requirieran a Simón de Cirene la ayuda de su fuerza, cuando ya no podía con el madero el Salvador del mundo...! (Ya las últimas palabras las pronuncia apenas. Los ojos se le han cerrado. Las manos entrelazadas, en actitud de súplica, han ido cediendo a su propio peso y descansan en su regazo. Sólo sus labios se mueven en el bisbiseo de las oraciones que dice. COMACHO, su inseparable sirviente negro; viene por el fondo y al mirar a su amo dormido, de rodillas, rezando, se acerca a despertarlo. Lo toca con su gran mano negra, más visible sobre el hábito blanco del dominico, y éste, al abrir los ojos y encontrarse con aquella mano negra, se agarra a ella, igual que un náufrago y sin reconocer a COMACHO, intenta llevársela a los labios para colmarla de besos.) ¡Salvado...! ¡Salvado...! ¡Negro...! ¡Negro...! ¿Me quieres...? ¿Me perdonas...?

COMACHO (trata de evitar que FRAY BARTOLOME le bese la mano).- ¡Mi amito, mi amito!, ¿qué está haciendo tú?

FRAY BARTOLOME (reconoce a COMACHO, se pone en pie con ayuda del negro y lo abraza).- ¡Comacho...! ¡Comacho...!

COMACHO (correspondiendo a las efusiones del fraile con pegajosidad de animal agradecido).- ¡Mi amito, mi amito, no ha dormido... tú hablando toda la noche... debes descansá, amito... tú te acueda mañana lo del Ayuntamiento y ya está amaneciendo!

Se dirigen hacia el fondo; el negro, enorme, corpulento parece ir sosteniendo al fraile.

FRAY BARTOLOME.- ¡Ya está amaneciendo sobre los esclavos...! Desaparecen en la sombra.

EN EL PALACIO ARZOBISPAL

La misma sala de la segunda andanza. Por la parte del fondo aparece FRAY BARTOLOME seguido de COMACHO.

FRAY BARTOLOME (entrando).- Los que se rebelan contra el orden de injusticias establecidas, serán siempre jóvenes, Comacho. Rebelde quiere decir joven. Joven quiere decir rebelde. Así que no te inquieten mis setenta años cortos ni mis largas noches en vela.

Por la derecha entran el CANONIGO DOCTORAL, el ARCEDIANO y el MAYORAL, y viendo a FRAY BARTOLOME, se adelantan hacia él llenos de júbilo.

CANONIGO DOCTORAL (saludando a FRAY BARTOLOME).- ¡Adelantado de Dios...! ¡Adelantado de Dios, me place veros!

FRAY BARTOLOME (avanzando hacia ellos).- ¡Y a mí, que no a vos, me place más!

ARCEDIANO.- ¡Bienvenido! ¡Bienvenido seáis!

FRAY BARTOLOME.- ¡Huélgome de veros a todos...! (Moviendo la cabeza de un lado á otro.) ¿Y Su Señoría, mayoral?

MAYORAL.- Os traigo su bienvenida. Guarda la alcoba con mucho sufrimiento por no poder recibiros personalmente.

FRAY BARTOLOME.- Le diréis mi pena y el deseo de verle antes de abandonar esta santa alberguería. MAYORAL.- ¡No habéis llegado y ya habláis de iros...!

FRAY BARTOLOME no deja que aquéllos se arrodillen a besarle el anillo pastoral. Los abraza, los acoge. Mien

tras tanto, por la izquierda entra el DEÁN seguido del PORTERO.

DEAN- ¡Portero del Infierno, diz que con las nuevas leyes ha terminado el dominio de la espada, os la vuelvo!

Le devuelve la espada al PORTERO, y va hacia donde los canónigos rodean a FRAY BARTOLOME. PORTERO (alcanza a decirle al DEAN).- En la sacristía escondí el bastón...

Librodot

(Y hablando para sí y un poco para que le oiga COMACHO que está parado junto a la puerta de la izquierda, ya para salir con el parasol y el bolsón de los infolios,) ¡Y qué bastón! ¡Bastón con alma de verdugo! ¡Un estoque con cuatro filos toledanos!

DEAN (acercándose a FRAY BARTOLOME).- ¡Padre las Casas...! (Abrazándolo.) ¡Padre las Casas...! FRAY BARTOLOME (al abrazar al DEAN).- «Decanus...!»

Mientras se abrazan ceremoniosamente el DEAN y FRAY BARTOLOME, el PORTERO y COMACHO en su aparte.

PORTERO (tratando de palpar el bolsón).- ¿Y vos qué os lleváis...?

COMACHO.- ¡No me llevo, traigo!

PORTERO.- ¡Oro no debe ser...!

COMACHO.- ¡Es oro... oro que no pesa... la libertá de los indios...!

PORTERO.- ¿Y la libertad de los negros?

COMACHO.- ¡También! ¡También la libertá de lo neglo...!

Salen por la izquierda.

DEÁN.-- Excusad que os haya llamado padre y no obispo, pero no me acostumbraría a llamaros de otra guisa, porque sois hijo del óleo y porque sois padre de los indios...

MAYORAL (indignado).- ¡Y porque tenéis lengua de encomendero, sin más excusanza...! Anoche defendisteis al clérigo felón que se partió de aquí con la desatadura de prender al señor obispo y mandarlo al Perú...

DEAN.- ¡Me agraviáis, mayoral...! (A FRAY BARTOLOME.) Tuve zozobra de vos y salí a defenderos con la espada del portero. Os busqué en la Catedral para ampararon, pero ya estabais en el palacio y no quise importunar...

MAYORAL (al DEAN).- ¡Torpe de mí! ¡Perdonad mi crudeza! ¡Olvidarme de vuestro arrojo! Pero es tanta la incertidumbre con la dolencia de Su Señoría y el alboroto de anoche y hoy la reunión con los del Ayuntamiento, que perdí la cabeza...

DEAN (al MAYORAL).- ¡Y porque os escuece que os haya quitado de las manos al prebendado! A FRAY BARTOLOME.) Lo cierto es que salvé a vuestro criado. Por mí no lo mataron. Querían arrebatarle los infolios creyendo que eran «rescates» que traíais.

FRAY BARTOLOME (vivaz). ¡Y sí que son «rescates»! ¡La voluntad del Rey que de una plumada rescata un mundo para la libertad!

CANONIGO DOCTORAL.- Hubisteis buen viaje... FRAY BARTOLOME.- ¡Navegación de gloria! Como si el mar hubiera sabido que traía a Su Majestad en mis pechos y en mis alforjas la libertad de los esclavos.

ARCEDIANO.- Temimos tanto por vuestra vida anoche sabiéndoos en tanto riesgo...

CANONIGO DOCTORAL.- En tanto riesgo vos y sin poderos defender nosotros. Aquí donde la Iglesia está opresa y todo son desmanes. El gobernador amenzó a Su Señoría por un simple conflicto de jurisdicciones, como el más grande ofensor de Dios, que es, y el más apegado al encono -de los encomenderos.

ARCEDIANO.- Os esperaban como a malhechor. Yo me pasé la noche rezando. Tenían gente apercibida en las entradas de la ciudad para materos.

DEAN.- De esta (con sorna) muy noble y muy leal ciudad de los caballeros... Por eso no debo separarme de mi bastón ni un momento y voy por él a la sacristía... (Se dispone a salir por la puerta del fondo.) Me reuniré con vosotros en la Sala Capitular... (Aparte.) A la Sala Capitular no voy ni a garrotazos. No faltará quien me acuse de haberle dado la absolución a uno de esos malditos encomenderos.

CANONIGO DOCTORAL.- Yo también recé por vos hasta que se me cansó la lengua. Dos veces el Oficio Menor y siete el Santísimo Rosario.

MAYORAL.- Llegar amenazado de muerte, con la cabeza a precio...

ARCEDIANO.- El enviado del Señor...

MAYORAL.- Con olvido de todo. De vuestra prelacía...

CANONIGO DOCTORAL.- El que debíá entrar a las ciudades bajo palio, sobre alfombras de flores, entre cirios y repique de campanas, debe hacerlo furtivamente, al amparo de las sombras, como un facineroso.

FRAY BARTOLOME.- No me pesa. Me alegra, Creedlo que me alegra. Me tratan así porque no callé sus estragos, muertes, robos y pecados y escriben y propalan que soy traidor...

CANONIGO DOCTORAL.- Casi os lo dijo Sepúlveda ante el rey...

FRAY BARTOLOME.- ¿Traidor por qué...? Porque diz que desacredito el nombre de la nación española, como si los españoles de la laya de los conquistadores, desuellacaras, avarientos y maldicientes, y quédome corto, fueran España. Y, además, gritan y hacen gritar a la canalla doctoral que pongo en peligro la firmeza del Estado el gran ídolo de tierra de estos nuevos paganos, y la estabilidad de una civilización cristiana sui generis por los sutiles injertos aristotélicos que le han hecho para defender la esclavitud de los indios.

ARCEDIANO.- Pero ahora sí que podéis cantar victoria. Sepúlveda creyó que Carlos V era Alejandro el Magno... Así nos lo decía ayer el canónigo doctoral...

CANONIGO DOCTORAL.- Sí, sí... Sepúlveda creyó que el Católico César era el macedonio, y que así como Aristóteles, diz que para congraciarse con Alejandro, justifica la sujeción de los pueblos bárbaros, él podía ser un segundo Aristóteles y defender otro tanto ante Carlos V, pero ni éste era pagano sino un rey cristiano, ni los indios eran bárbaros, a

Librodot

quienes se les podía hacer la guerra de exterminio que se les hace. ¡Nuestro Livio se equivocó!

MAYORAL.- Y eso os desnudó ante el emperador...

FRAY BARTOLOME.- ¡Fue su mejor argumento... (Irónico). mi mala vida!

MAYORAL.- ¡Sólo un hombre de vuestra hechura!

ARCEDIANO.- ¡Qué valeroso!

CANONIGO DOCTORAL.- ¡Qué inconcuso!

MAYORAL.- ¡Qué fuerte!

FRAY BARTOLOME (reacciona violento).- ¡Basta! ¡Basta...! ¡Callad, por Dios...! ¿A dónde me lleváis...? ¡Mejor descuartizado por las turbas que vanidoso...! ¡Echad atrás esas palabras de loas y parabienes para mí ... !

MAYORAL.- ¡No lo toméis a mal!

FRAY BARTOLOME.- ¿Desde cuándo se felicita y da palma de victorioso al testigo...? Mi papel fue el de un simple testigo. No hice sino decir al rey: «¡Yo lo vide!» ¡Todo lo que he hablado, todo lo que he escrito, lo «vide yo»! Pero los arquitectos de esta gloria son el juez y el que puso al juez. Son, Dios Nuestro Señor que puso al rey y el rey que hizo de supremo juez. A ellos, a ellos id y cantadles alabanzas por todo lo conseguido.

TODOS A UNA VOZ.- ¡Un milagro...! ¡Fue un milagro...! ¡Un milagro... !

FRAY BARTOLOME.- Tal la opinión de mis venerables hermanos del Colegio de San Gregorio, en Valladolid. Se hicieron tantas rogativas para que el rey asistiera a la controversia y mi palabra pudiera tocar su oreja, que milagro fue su presencia y milagro que mi congoja, echada en la balanza, cuando me sentí perdido, le moviera el corazón.

TODOS A UNA VOZ,.-- ¡Milagro...! ¡Milagro...! ¡Milagro... !

ARCEDIANO.- ¡Fuisteis más, mucho más que Se-

púlveda, en el sentido de que ser más es amar más a Dios, y amar más a Dios es amar más al prójimo!

CANONIGO DOCTORAL.- Sin olvido de que una idea es siempre un milagro. Habituados a las ideas, no las sentimos milagros. Pero son milagros. Y el César Carlos, al golpe de tus ideas, contempló tan desfeado su Imperio y tan ingratos a sus vasallos, que tus dichos se le hicieron creederos...

ARCEDIANO.-Fidedignos...

MAYORAL.- En la Sala Capitular os espera otra batalla. Alcaldes, regidores, vecinos y encomenderos están allí para defender los derechos de la conquista, frente a las nuevas leyes.

ARCEDIANO.- Iremos con vos. Hay que evitar cualquier desmán...

CANONIGO DOCTORAL.- Os acompañamos, así lo recomendó Su Señoría Ilustrísima.

Se encaminan hacia la puerta de la derecha.

MAYORAL.- Circulan toda clase de noticias. Callaba por no alarmaros, pero mejor es que lo sepáis. Hablan de asaltar el palacio arzobispal...

ARCEDIANO.- ¿Las turbas de anoche?

CANONIGO DOCTORAL.- ¡Qué abominación!

FRAY BARTOLOME.- ¿Y el brazo real? MAYORAL.- No contamos con el auxilio del brazo real. (Pausa.) Alcaldes y regidores piensan quedarse sentados cuando entréis a la Sala Capitular, y no descubrirse, y no saludaros. Les ofende que les hayáis mandado llamar, en lugar de ir vos a buscarles a las Casas Reales, si les necesitabais.

FRAY BARTOLOME.- Ni ofensa ni mancilla. Les mandé a llamar porque se trata de un negocio del rey. De haber sido cosa mía, soy yo el que va a buscarlos. Es el rey el que quiere descargar su conciencia. ¡No más señores de horca y cuchillo! ¡No más señores de oro y esclavos! ¡No más crímenes...!

MAYORAL.- Es lo que los tiene enfurecidos. Ver esfumarse la propiedad al golpe de las nuevas leyes...

ARCEDIANO.- Que hablando lo que es, aquí no han sido pregonadas con el pretexto de que llegaron al convento de los frailes dominicos, antes que al gobernador...

FRAY BARTOLOME.- Pregones para anunciar a los indios entre gallos y medianoche que deben obediencia al rey, pues de lo contrario, si no se presentan al alba, se les hará la guerra y herrarán como esclavos, sí hay; pero no para anunciar la buena nueva. No hay pregones para la libertad, porque cada vez son más y mejor pagados, los tenientes para ahorcar...

CANONIGO DOCTORAL.- Pregones no faltan, pero los encomenderos tratan de ganar tiempo a fin de que pliegos y personeros que flotan por el mar y fluctuando van sobre la suerte lleguen a la Corte y Su Majestad revoque lo que para ellos es como quitarles la vida, pues, cómo han de terminar sus casas, dicen, sin los indios que se las construyen sin cobrar nada; cómo van a laborar los campos, sin los indios que les siembran y cosechan, sin recibir paga alguna; cómo van a producir las minas, sin los indios que trabajan en ellas, sin ver un maravedí; cómo van a concluir la flota para ir al reino de la China, sin los indios que están haciendo los navíos, sin ninguna paga...

ARCEDIANO.- Y contad que aquí no sólo los hombres trabajan, sino las mujeres y los niños, a quienes se impone en los lavaderos que deben entregar diariamente un castellano de oro...

MAYORAL..- También esperan los encomenderos que el soberano Pontífice Romano...

FRAY BARTOLOME (antes de cruzar la puerta de la derecha).- ¡Pues nada valdrá! ¡Ni rey! ¡Ni papa...! ¡Yo he venido a que las nuevas leyes se cumplan, y se cumplirán... !

Sale seguido por los dos canónigos y el MAYORAL y la escena queda a solas. Por la izquierda, un momento después, asoma el PREBENDADO. Da algunos pasos hacia las puertas, husmea y cuando va a acercarse al ventanal, lo sorprende el MAYORAL que vuelve de la Sala Capitular, por la puerta de la derecha.

MAYORAL (indignado).- ¿Vos aquí?

PREBENDADO.- ¿Qué os extraña, no soy sacerdote?

MAYORAL.- ¡Judas Iscariote también era apóstol!

PREBENDADO.- ¡Voto va! ¡Descomediros conmigo!

MAYORAL (avanzando hacia el PREBENDADO que retrocede).- ¡No me obliguéis a descomedirme más!

PREBENDADO.- ¡Atended!

MAYORAL.- ¡Afuera!

PREBENDADO.- ¡Debo ver al obispo las Casas!

MAYORAL.- ¡Fuera de aquí!

PREBENDADO (gritando).- ¡Padre las Casas...! ¡Padre las Casas...! ¡Padre las Casas...! MAYORAL.- ¿Le conocéis, siquiera?

PREBENDADO.- ¡Cómo no conocerle, si él me trajo de España!

MAYORAL.- ¿El os trajo de España?

PREBENDADO.-Y me dio el cargo de maestrescuela... MAYORAL (atónito. Desarmado. Sin saber qué hacer, repite como para creerlo).- El cargo de maestrescuela... (Reacciona violentamente.) ¿A vos...? ¿A vos...? ¡Ay, cuando el corazón no logra quebrar la certeza, que inútilmente golpea... ! Tenía la certidumbre de vuestra deslealtad, pero nunca creí fuera tanta... ¿No decíais anoche, aquí mismo, aquí, aún os oigo, que el obispo las Casas era un réprobo, un traidor y que teníais' gente apercibida para prenderlo y mandarlo al Perú?

PREBENDADO.- ¡Terrible ofuscación! ¡De tanto oir decir que mi protector era enemigo de la patria y de los cristianos, favorecedor de indios idólatras, bestiales, pecadores y abominables, me cegué, me cegué...!

MAYORAL.- Y ya ciego, alargasteis la mano para que os dieran algunas monedas de oro los encomenderos...

PREBENDADO.- ¡No os oculto nada, también me dejé tentar por el oro! ¡Perdón,! ¡Perdón! ¡Yo soy el réprobo! ¡Yo soy el traidor...!

MAYORAL.- El obispo las Casas está en la Sala Capitular...

PREBENDADO.- Le esperaré...

Librodot

MAYORAL (terminante).- ¡Aquí, no! PREBENDADO (hincándose).- ¡Le esperaré de rodi -llas...! (El MAYORAL no sabe qué hacer. Si sacarlo, si dejarlo.) ¡Le esperaré de rodillas y en cruz...!

Abre los brazos y queda arrodillado y en cruz.

El MAYORAL titubea. Por último se resuelve a salir.

MAYORAL.- Del traidor arrepentido se valió Dios... Sale por el fondo. El PREBENDADO sigue de rodillas y en cruz. «Padre las Casas! ¡Padre las Casas!», suspira de vez en cuando, pero al darse cuenta que el MAYORAL se ha ido y que nadie viene, se levanta, sin bajar los brazos y se encamina hacia el ventanal. Un ruido lo hace caer de rodillas nuevamente y empezar a repetir, entre suspiros: «¡Padre las Casas! ¡Padre las Casas!», y ya no se para, hace de rodillas con los brazos en cruz el trecho que le separa del ventanal, y llegado allí, se para, saca un pañuelo y lo agita como haciendo señales. Rápidamente escapa en seguida por la izquierda y la escena queda a solas. Lejano rumor de tambores, gritos de indios, tambores y gritos que se oyen cada vez más cerca casi en la escena cuando COMACHO y el PORTERO entran por la izquierda dando voces.

COMACHO (sin soltar el paraguas ni el bolsón de infolios).-¡Los indios...! ¡Los indios...! ¡Los indios flecheros... !

PORTERO.- ¡Socorro...! ¡Socorro...! ¡Los indios flecheros...! ¡Los indios están asaltando el palacio...!

COMACHO.- ¡Los indios...! ¡Los indios...!

El MAYORAL entra, a toda prisa por la puerta del fondo.

PORTERO.- ¡Mayoral, los indios están asaltando el palacio!

El MAYORAL se asoma al ventanal, acompañado del PORTERO y COMACHO.

MAYORAL.- ¿Los indios contra nosotros...? ¿Los indios contra fray Bartolomé?

PORTERO.-¡Los mismos que mataron a fray Jeró-nimo de la Cruz, mayoral! ¡Los mismos que mataron a fray jerónimo de la Cruz!

El eco de los tambores y la grita es cada vez mayor.

MAYORAL (mirando a todos lados).- ¿Y el prebendado...? (Al PORTERO y COMACHO.) ¿No encontrasteis a un hombre de rodillas y en cruz? (Medio hace el gesto de abrir los brazos.)

PORTERO.- ¿Dónde...?

MAYORAL.- Aquí...

PORTERO.- No...

MAYORAL.- Cerrad las puertas... Hay que salvar al obispo las Casas. Lo pasaremos a la Catedral... (Va hacia la derecha.) ¡Fincó los mojos y se puso en cruz...! ¡Ah, don traidor...! (Sale por la derecha.)

El eco de los tambores y la grita arrecian.

PORTERO.- ¡Cerrad las puertas...! (Se encoge de hombros.) Todas son órdenes...! ¡Primero voy por mi espada... no, primero cierro las puertas!

Sale por la izquierda seguido de COMACHO que no deja de repetir: «¡Ay, mi amito...! ¡Ay mi amito...! ¡Mi amito!», pero ni bien desaparecen, regresan pavoridos, y tras ellos pisándoles los talones, entre gritos y tambores, NABORI al frente de un centenar de indios flecheros, de los cuales una gran cantidad alcanzan a entrar con ella por la izquierda, al tiempo que por la derecha, alarmados, sumamente alarmados, asoman FRAY BARTOLO-ME, seguido del MAYORAL, los canónigos, y otros de los que con él estaban reunidos en la Sala Capitular.

NABORI (dando órdenes a sus hombres).- Un flechero en cada puerta... (Tres indios corren a cubrir las

puertas con sus personas y sus arcos. A los que ya están frente a las puertas.) Nadie entra ni sale...

FLECHERO ROJO (Frente a la puerta del fondo. Levanta el arco, listo a disparar su flecha roja, gira y dice).- ¡Yo, tigre, nadie entra ni sale!

FLECHERO AMARILLO (frente a la puerta de la derecha, con el arco tenso y la flecha amarilla.)- ¡Yo, puma, nadie entra ni sale!

FLECHERO VERDE (frente a la puerta de la izquierda, arco y flecha verde, en actitud de ataque, gira y dice).- ¡Yo, águila verde, nadie entra ni sale!

NABORI (a FRAY BARTOLOME, dando algunos pasos hacia él).- Y vos, señor, venid conmigo... MAYORAL (interponiéndose al paso de NABORI).¡No os acerquéis o no respondo de mí... bastante es el atropello!

FRAY BARTOLOME.- ¡Apartaos, mayoral! MAYORAL.- ¡El atropello, la profanación, el sacrificio!

FRAY BARTOLOME (a NABORI).- Sepamos a qué venís en son de guerra...

NABORI.- A llevaros conmigo...

COMACHO (saltando en defensa de FRAY BARTOLO-ME).-¡Plimelo muelto yo!

Al salto de COMACHO y tan rápidamente como él, brinca, uno de los flecheros que rodean a NABORI, creyendo que el negro va a hacerle daño a la india, y le apunta con la flecha, ya tenso el arco, presto a dispararle. COMACHO queda paralizado, inmovilizado, junto a los infolios que se le han escapado del bolsón y yacen por el suelo.

Librodot

FRAY BARTOLOME.- ¡Comacho... (Alcanza a gritarle al ver saltar al indio, para que el negro no se mueva), no son enemigos!

NABORI.- Vos lo habéis dicho...

FRAY BARTOLOME (a los canónigos que tratan de evitar que se exponga).- ¡Dejadme...! ¡Dejadme...! Si creyera que mis pobres desnudos son capaces de volver armas contra mí...

Otros flecheros, al ver el forcejeo de FRAY BARTOLOME con los canónigos y creyendo que tratan de hacerle daño, tienden contra ellos sus arcos y sus flechas, y los canónigos también quédanse inmóviles, aterrorizados, con el pavor pintado en la cara.

NABORI.- ¡No somos enemigos, vos lo habéis dicho! ¡Tu lengua es el muslo del huracán! ¡Y bien hicisteis el calmar al hombre negro y a los hombres blancos (refiriéndose a los canónigos), porque si os hacen daño, pocas son nuestras flechas envenenadas!

COMACHO (aparte, mostrando las córneas blancas de sus ojos, como moribundo).- ¡...venenadas! ¡... venenadas! (Se palpa el pecho, la cara, los brazos, sin atinar a recoger los infolios.) ¡... venenadas! ¡... venedadas...!

FRAY BARTOLOME (llegándose a NABORI).-¿Adónde me lleváis?

MAYORAL (reaccionando).- ¡No puede ser! ¡Os matarán a vos y a nosotros! ¡Son los mismos que mataron a fray Jerónimo de la Cruz! ¡Ya veis cómo os pagan, vos que sois su protector!

FRAY BARTOLOME.- Los tienen tan asustados, que ya no saben ni agradecer. Por eso son más dignos de lástima, mayoral.

NABORI.- Si os quedáis aquí os matarán los españoles...

MAYORAL.-¡Os matarán los indios!

NABORL-¡Los españoles, señor, vienen a mataros... ! ¡Ya están allí... !¡Ya están atacando...! (En las afueras y accesos del palacio se oye el combate que libran indios y españoles; clarines, gritos de «¡Santiago! ¡Santiago y cierra España!», gritos que vienen de fuera y que se mezclan con las voces de los flecheros que cuidan las puertas y rodean a Naborí: «¡Teules...! ¡Teules...! iTeules...!» Insistiendo ante FRAY BARTOLOME.) ¡Ya están atacando...! ¡Ya están allí...! (Mientras tanto se oyen las voces: «iTeules...! ¡Teules...! ¡Santiago...! ¡Santiago y cierra España!») ¡Vienen a mataros...! ¡Huid...! ¡Aún es tiempo...! (Le señala la puerta del fondo.) ¡Huid...! ¡Huid...! ¡Aún es tiempo...!

La batalla arrecia y por el número de flecheros que entran y se apiñan en la puerta de la izquierda, algunos heridos, se ve que los españoles van ganando el combate.

MAYORAL (a los CANONIGOS).- ¡Recobrad el habla, venerables! ¡Estamos salvados...! ¡El brazo real acude en nuestro auxilio...! ¡Loado sea Dios que le movió el corazón al gobernador...!

CANONIGOS (a voces).- ¡La mano de Dios...! ¡La mano de Dios!

INDIOS FLECHEROS (abren el ventanal y desde allí disparan hacia fuera, mientras gritan).- ¡Teules...! ¡Teules...! ¡Teules...!

Crece la confusión. Se mezclan las voces de los CANONIGOS, del MAYORAL, los gritos de los indios, las quejas de los heridos, el ulular de los caracoles, los clari

nes, los tambores de guerra, el ruido de las espadas, los gritos de los españoles.

NABORI (va a la puerta de la izquierda y al ventanal y anima a los flecheros, mas presto se vuelve a FRAY BARTOLOME).- ¡Huid...! ¡Ya no tenemos más...! ¡Vienen a mataros...! (FRAY BARTOLOME va hacia la puerta de la izquierda con el rosario en alto. Suplicante.) ¡No os entreguéis...! ¡Sois nuestra última esperanza...! (A los flecheros que están en la puerta.) ¡No lo dejéis pasar...! ¡Es nuestro padre...!

FRAY BARTOLOME, al darse cuenta que los indios no le dejarán salir, corre hacia el ventanal. NABORI trata de alcanzarle.

FRAY BARTOLOME (gritando desde el ventanal hacia fuera).- ¡Españoles!

No puede decir más. Un disparo de arcabuz le parte la voz y a su lado se oye el grito de NABORI que en ese instante se aproximaba para arrancarlo del peligro del ventanal.

NABORI (herida en el pecho).- ¡Huid...! FRAY BARTOLOME.- ¡Deponed las armas...! NABORI.- ¡Imposible!

Los indios defienden la puerta y el ventanal con sus hachas y cuchillos. Ya se lucha cuerpo a cuerpo dentro del recinto, pero la derrota de los indios es completa: unos se entregan, otros huyen por la puerta del fondo y otros se refugian detrás de la figura del obispo las Casas, que está junto a la india herida.

MAYORAL (al ver entrar al GOBERNADOR, espada en mano, en la más férrea armadura).- ¡El brazo real...! ¡El brazo real viene a salvarnos...!

GOBERNADOR.-¡A la Iglesia, sí! ¡No, al de las Casas!

Se hace un silencio que rompe la voz de NABORI, que se mantiene de pie, sostenida por el obispo las Casas.

NABORI.- Oídme en vuestra lengua. Esta guerra empezó con el rapto de las doncellas... Ese día empezó... Siguió con el encierro de Musén Ca... Ese día siguió... Entregamos por el rescate de Musén Ca, doscientas onzas de oro y se nos ofrecieron pregones... No hubo pregones... Hubo guerra... Hubo mal... Hubo engaño... (Pausa. Está intensamente pálida y se ve que se debilita, que ya le empiezan a faltar las fuerzas.) A Musén

Librodot

Ca se le robó la piedra de los dioses, la piedra que descubre y atrae a las vírgenes más puras, y se mandó como señal de una cita... A dos días debía ser el encuentro del que robó la piedra y una de nuestras doncellas más apetecidas por el volcán, pero nosotros ya estábamos vigilantes y fue entonces el mayor mal... No vino el que debía venir a la cita, sino el hombre vestido de blanco y por eso murió, herido por nuestras flechas... yo... yo le herí... perdonadme... perdonadme... creyendo que era el robador de nuestras doncellas... (Pausa. Ya casi no puede estar de pie. FRAY BARTOLOME la sostiene.) Y no preguntéis... no preguntéis quién era el que debía venir al encuentro, porque está aquí en otro encuentro conmigo para prender a este otro hombre vestido de blanco, voluntad de él, y por eso vine, pero no en daño, sino a salvarle, a que huyera, a que escapara... ¡Por segunda vez quiso emplear a los indios para matar religiosos, el gobernador...! (Lo señala con el brazo que apenas puede mantener en alto.)

GOBERNADOR.- ¡Por el cielo de Dios... (Avanza con la espada dispuesta a matar a NABORI) si no la calláis!

FRAY BARTOLOME (saliendo al paso, sin soltar a la india que cae tras él arrodillada).- ¡No alimentéis el infierno obligándola a morir sin confesión...!

NABORI (arrodillada).- ¡No somos culpables, ante vos sea dicho, veníamos con pacto de haceros mal y os protegimos, luchamos para que nos os arrancaran de entre nosotros, para que no os llevaran a Perú, os arrojaran a un barranco, os ahogaran en el mar, os quemaran en sus hogueras, os ahorcaran de un árbol...! (Pausa.) ¡Qué será de vos, sin nosotros...! ¡Ellos os van a llevar y a todos mis guerreros los harán esclavos...! (Reacciona, se levanta y grita.) ¡No puede ser...! ¡Esclavos, no...! (Dirigiéndose a los indios.) ¡Flecheros, en vuestras manos tenéis las flechas envenenadas...! ¡Esclavos, no...!

Los flecheros empiezan a sacar sus flechas para herirse. BARTOLOMÉ corre hacia ellos. NABORI se queda tambaleando, y cae.

FRAY BARTOLOME.- ¡No...! ¡No os matéis...! Ya no hay esclavitud...! ¡Las nuevas leyes os aseguran la libertad...! ¡Sois libres...! ¡Sois libres...!

NABORI (ya tendida en tierra, moribunda).- Creo en tu Dios...

FRAY BARTOLOME. (yendo hacia el sitio en que están los CANONIGOS).- ¡Predicad la libertad y haréis cristianos...! (Volviéndose hacia las huestes españolas.) ¡Practicad la libertad y haréis cristianos...! (Luego se vuelve a NABORI.) ¿Crees en mi Dios? ¡Pues vas al cielo ...! (Alza el brazo para absolverla.) Yo te perdono...

GOBERNADOR (cortando con la espada la cruz que FRAY BARTOLOME va a trazar con la mano, para absolver a NABORI).- ¡Aquí nadie absuelve a nadie! ¡Dejad que alimentemos el infierno! ¡Ahora es con vos! ¡Jurado tengo de haceros comer vuestros escritos

y ya me tarda el cumplir...! (Con la punta de la bota va aventando los infolios hacia FRAY BARTOLOME, que ha vuelto los ojos a la india y reza, ajeno, al parecer, a lo que pasa.) ¡Tus leyes...! ¡Tus nuevas leyes...! ¡Papeles...! ¡Papeles... !

Por la izquierda, al grito de «¡Juisticia del rey!», entran dos ALGUACILES de capa, gorra y espada, y tras ellos tres GARNACHAS.

ALGUACILES.-¡Justicia del rey...! ¡Justicia del rey...!

GARNACHA DE BARBA BLANCA (al GOBERNADOR).- ¡En nombre de la Audiencia de los Confines, entregad vuestra espada...!

GOBERNADOR (a los CANONIGOS).- ¿Qué es esto, dignatarios, quitar la espada, quitar la espada a quien acudió a defenderos a vosotros y a la Iglesia?

Ante el silencio de los CANONIGOS cede al gesto de la mano tendida del OIDOR que le requirió y entrega la espada.

GARNACHA DE BARBA BLANCA.-¡En nombre de la Audiencia de los Confines, daos preso!

LOS ALGUACILES avanzan y se colocan de lado y lado del GOBERNADOR que sale por la izquierda, seguido de los OIDORES.

TELON

Librodot